

LO MEJOR DE RABINDRANAZ TAGORE

SON SUS LIBROS:

**OFRENDA LÍRICA, TRÁNSITO, LA COSECHA
y algo de LA FUGITIVA.**

Compiló

Daniel Restrepo González

OFRENDA LÍRICA

1

FUE tu voluntad hacerme infinito. Este frágil vaso mío tú lo derramas una y otra vez, y lo vuelves a llenar con nueva vida.

Tú has llevado por valles y colinas esta flautilla de caña, y has silbado en ella melodías eternamente nuevas.

Al contacto inmortal de tus manos, mi corazoncillo se dilata sin fin en la alegría, y da vida a la expresión inefable.

Tu dádiva infinita sólo puedo cogerla con estas pobres manitas mías. Y pasan los siglos, y tú sigues derramando, y siempre hay en ellas sitio que llenar.

CUANDO tú me mandas que cante, mi corazón parece que va a romperse de orgullo. Te miro y me echo a llorar.

Todo lo duro y agrio de mi vida se me derrite en no sé qué dulce melodía, y mi adoración tiende sus alas, alegre como un pájaro que va pasando la mar.

Sé que tú te complaces en mi canto, que sólo vengo a ti como cantor. Y con el fleco del ala inmensamente abierta de mi canto, toco tus pies, que nunca pude creer que alcanzaría.

Y canto, y el canto me emborracha, y olvido quién soy, y te llamo “amigo”, a ti que eres “mi Señor”.

¿CÓMO cantas tú, Señor? ¡Siempre te escucho mudo de asombro!

La luz de tu música ilumina el mundo, su aliento va de cielo a cielo, su raudal santo vence todos los pedregales y sigue, en un torbellino, adelante.

Mi corazón anhela ser uno con tu canto, pero en vano busca su voz. Quiero hablar, pero mi palabra no se abre en melodía; y grito vencido. ¡Ay, cómo me coges el corazón en el enrede infinito de tu música!

QUIERO tener mi cuerpo siempre puro, vida de mi vida, que has dejado tu huella viva sobre mí.

Siempre voy a tener mi pensamiento libre de falsía, pues tú eres la verdad que ha encendido la luz de la razón en mi frente.

Voy a guardar mi corazón de todo mal, y a tener siempre mi amor en flor, pues que tú estás sentado en el sagrario más íntimo de mi alma.

Y será mi afán revelarte a mis acciones, pues que sé que tú eres la raíz que fortalece mi trabajo.

SÉ indulgente conmigo un momento, y déjame sentarme a tu lado, que luego terminaré lo que estoy haciendo.

Mi corazón, si no te ve, no tiene sosiego, y mi trabajo es como un afán infinito en un fatigoso mar sin playas.

El verano ha venido hoy a mi ventana, zumbando y suspirando, y han venido las abejas, trovadores en la corte del bosque florecido.

Es el tiempo de sentarse quieto frente a ti, el tiempo de cantarte, en un ocio mudo y rebosante, la ofrenda de mi vida.

ANDA, no esperes más, coge esta florecilla, no se mustie y se deshoje.

Quizás no tengas sitio para ella en tu guirnalda; pero hónrala, lastimándola con tu mano, y arráncala, no sea que se acabe el día sin que yo me dé cuenta, y se pase el tiempo de la ofrenda.

Aunque su color sea tan pobre, y tan poco su olor, ¡anda, ten esta flor para ti, arráncala ahora que es tiempo!

MI canción, sin el orgullo de su traje, se ha quitado sus galas para ti, porque ellas estorbarían nuestra unión, y su campanilleo ahogaría nuestros suspiros.

Mi vanidad de poeta muere de vergüenza ante ti, Señor, poeta mío. Aquí me tienes sentado a tus pies. Déjame sólo hacer recta mi vida, y sencilla, como una flauta de caña, para que tú la llenes de música.

EL niño vestido de príncipe, colgado de ricas cadenas, pierde el gusto de su juego, porque su atavío le estorba a cada paso.

Por temor a rozarse o a empolvase, se aparta del mundo, y no se atreve ni siquiera a moverse.

Madre, ¿gana él algo con ser esclavo de ese lujo que lo aparta del polvo saludable de la tierra, que le roba el derecho de entrar en la gran fiesta de la vida de todos los hombres? Respóndeme tú, Señor!

¡NECIO, que intentas llevarte sobre tus propios hombros!
¡Pordiosero, que vienes a pedir a tu propia puerta!

Deja todas las cargas en las manos de Aquél que puede con todo, y nunca mires atrás, nostálgico.

Tu deseo apaga al punto la lámpara que toca con su aliento. ¡No tomes sus dádivas malsanas con manos impuras! ¡Coge sólo lo que te ofrece el amor sagrado!

TIENES tu escabel, y tus pies descansan entre los más pobres, los más humildes y perdidos.

Quiero inclinarme ante ti, pero mi postración no llega nunca a la sima donde tus pies descansan entre los más pobres, los más humildes y perdidos.

El orgullo no puede acercarse a ti, que caminas, con la ropa de los miserables, entre los más pobres, los más humildes y perdidos.

Mi corazón no sabe encontrar tu senda, la senda de los solitarios, por donde tú vas entre los más pobres, los más humildes y perdidos.

DEJA ya esa salmodia, ese canturreo, ese pasar y repasar rosarios. ¿A quién adoras, di, en ese oscuro rincón solitario del templo cerrado? ¡Abre tus ojos, y ve que tu Dios no está ante ti!

Dios está donde el labrador cava la tierra dura, donde el picapedrero pica la piedra; está, con ellos, en el sol y en la lluvia, lleno de polvo el vestido. ¡Quítate ese manto sagrado y baja con tu Dios al terruño polvoriento!

¿Libertad? ¿Dónde quieres encontrar libertad? ¿No se ha atado él mismo, lleno de alegría, a la creación? ¡Sí, él está atado a nosotros todos para siempre!.

¡Sal ya de tu éxtasis, déjate ya de flores y de incienso! ¿Qué importa que tus ropas se manchen o se andrajen? ¡Ve a su encuentro, ponte a su lado, y trabaja, y que sude tu frente!

¡CUÁNTO tiempo dura mi viaje, y qué largo es mi camino!
Salí en la carroza del primer albor, y caminé a través de los desiertos de los mundos, dejando mi rastro por las estrellas infinitas.

La ruta más larga es la que sale más pronto a ti, y la más complicada enseñanza no lleva sino a la perfecta sencillez de una melodía.

El viajero tiene que llamar, una tras otra, a todas las puertas extrañas para llegar a la suya; ha de vagar por todos los mundos de fuera, si quiere llegar al fin a su santuario interior.

Mis ojos erraron por todos los confines, antes de que yo los cerrara diciendo: “Aquí estás”. Y el grito y la pregunta: “¡Ay! ¿dónde?”, se derriten en las lágrimas de mil raudales, y ahogan el mundo con el desbordamiento de su “¡Yo soy!”.

LA canción que yo vine a cantar no ha sido aún cantada.
Mis días se me han ido, afinando las cuerdas de mi arpa; pero no he hallado el tono justo, y las palabras no venían bien. ¡Sólo la agonía del afán en mi corazón!

Aun no ha abierto la flor, sólo suspira el viento.

No he visto su cara, ni he oído su voz; sólo oí sus pasos blandos, desde mi casa, por el camino.

Todo el día interminable de mi vida me lo he pasado tendiendo en el suelo mi estera para él; pero no encendí la lámpara, y no puedo decirle que entre.

Vivo con la esperanza de encontrarlo; pero ¿cuándo lo encontraré?

MIS deseos son infinitos, lastimeros mis clamores; pero tú me salvas siempre con tu dura negativa. Y esta recta merced ha traspasado de parte a parte mi vida.

Día tras día, me haces digno de los dones grandes y sencillos que me diste sin yo pedírtelos, el cielo y la luz, mi cuerpo, mi vida y mi entendimiento; y me has salvado, día tras día, del escollo de los deseos violentos.

A veces me retardo lánguido, a veces me despierto y me desvivo en busca de mi fin; pero tú, cruel, te escondes de mí.

Día tras día, a fuerza de rehusarme, de librarme de los peligros del deseo débil y vago, me estás haciendo digno de ser tuyo del todo.

ESTOY aquí para cantarte. Mi rinconcito está en este salón tuyo.
Nada tengo que hacer en este mundo tuyo; mi vida inútil no sabe más que saltar en melodías sin razón.

Cuando en el oscuro templo de la medianoche dé la hora de adorarte en silencio, ¡mándame que te venga a cantar, maestro mío!

Cuando el arpa de oro esté afinada en el aire matutino, ¡hónrame tú ordenando mi presencia!

FUI invitado a la fiesta de este mundo, y así mi vida fue bendita.
Mis ojos han visto, y oyeron mis oídos.

Mi parte en la fiesta fue tocar este instrumento; y he hecho lo que pude.

Ahora te pregunto: ¿no es tiempo todavía de que yo pueda entrar, y ver tu cara, y ofrecerte mi saludo silencioso?

SÓLO espero el amor para entregarme, al fin, en sus manos. Por eso es tan tarde, por eso soy culpable de tantas distracciones.

Vienen todos, con leyes y mandatos, a atarme a la fuerza; pero yo me escapo siempre, porque sólo espero al amor para entregarme, al fin, en sus manos..

Me culpan, me llaman “atolondrado”. Sin duda tienen razón.

Terminó el día de feria, y todos los tratos están hechos. Y los que vinieron en vano a llamarme, se han vuelto, coléricos. Sólo espero al amor para entregármele, al fin, en sus manos.

LAS nubes se amontonan sobre las nubes, y oscurece. ¡Ay, amor!,
¿por qué me dejas esperarte, solo, en tu puerta?

En el afán del mediodía, la multitud me acompaña; pero en esta oscuridad solitaria no tengo más que tu esperanza.

Si no me enseñas tu cara, si me dejas del todo en este abandono, ¿cómo voy a pasar estas largas horas lluviosas?

Miro la lejana oscuridad del cielo, y mi corazón vaga gimiendo con el viento, sin descanso.

SI no hablas, llenaré mi corazón de tu silencio, y lo tendré conmigo. Y esperaré, quieto, como la noche en su desvelo estrellado, hundida pacientemente mi cabeza.

Vendrá sin duda la mañana. Se desvanecerá la sombra, y tu voz se derramará por todo el cielo, en arroyos de oro.

Y tus palabras volarán, cantando, de cada uno de mis nidos de pájaros, y tus melodías estallarán en flores, por todas mis profusas enramadas.

AQUEL día en que abrió el loto, mi pensamiento andaba vagabundo, y no supe que florecía. Mi canasto estaba vacío, y no vi la flor.

Sólo, de vez en cuando, no sé que tristeza caía sobre mí; y me levantaba sobresaltado de mi sueño y olía un rastro dulce de una extraña fragancia, que erraba en el viento del sur.

Su vaga ternura traspasaba de dolor nostálgico mi corazón. Me parecía que era el aliento vehemente del verano, que anhelaba completarse.

¡Yo no sabía entonces que el loto estaba tan cerca de mí, que era mío, que su dulzura perfecta había florecido en el fondo de mi propio corazón!

¿**C**UÁNDO echaré mi barca en el mar? Las horas lánguidas se
me pasan en la orilla, ¡ay!

La primavera acabó de florecer y se ha ido. Y cargado de vanas flores marchitas, espero y tardo.

Se han puesto las olas clamorosas, y en la vereda en sombra de la orilla, las hojas amarillas aletean y caen.

¿Qué miras, di, en el vacío? ¿No sientes estremecerse el aire, de una canción lejana que viene, flotando, de la otra orilla?

EN la profunda oscuridad de julio lluvioso, tú vas caminando en secreto, mudo como la noche, evitando a los que vigilan.

Hoy, la mañana ha cerrado sus ojos, sin hacer caso de la insistente llamada del huracán del este, y un espeso manto ha caído sobre el azul siempre alerta del cielo.

Los bosques han dejado de cantar, las puertas de las casas están todas cerradas. Tú eres el transeúnte solitario de la calle desierta.

¡Único amigo mío, mi más amado amigo; mira abiertas las puertas de mi casa; no pases de largo como un sueño!

¿HAS salido, esta noche de tormenta, en tu viaje de amor, amigo mío? El cielo se queja como un desesperado.

¡No puedo dormir! Abro mi puerta a cada instante y miro a la oscuridad, mas nada veo. Amigo mío, ¿dónde está tu camino?

¿Por qué vaga ribera de qué río de tinta, por qué lejano seto de qué imponente floresta, a través de qué intrincada profundidad oscura vienes trenzando tu ruta hacia mí, amigo mío?

SI se ha acabado el día, si ya no cantan los pájaros, si el viento rendido ha flojeado, cúbreme bien con el manto de la sombra, como has cubierto a la tierra con el sueño, como has cerrado tiernamente las hojas del loto desfallecido en el crepúsculo.

¡Quítale la vergüenza y la pobreza al caminante que ha vaciado su alforja antes de acabar el viaje, que tiene roto y empolvado su vestido, cuya fuerza está exhausta; renueva su vida, como una flor, bajo el manto de la noche misericordiosa!

EN la noche fatigada, déjame entregarme sin lucha al sueño, con mi confianza echada en ti.

¡No consientas que fuerce mi espíritu flojo a una pobre preparación para adorarte!

¿Acaso no eres tú quien corre el velo de la noche sobre los ojos rendidos del día, para renovar su sentido con la refrescada alegría del despertar?

VINO, y se sentó a mi lado; pero yo no desperté. ¡Maldito sueño
aquél!

Vino en la noche tranquila. Traía el arpa en sus manos y mis sueños resonaron con sus melodías.

¿Por qué se van así mis noches? ¿Por qué no lo veo nunca cuando su aliento está rozando mi sueño?

¡LUZ! ¿Dónde está la luz? ¡Enciéndela, ardor brillante del deseo!
 Aquí está la lámpara, pero ¿y el aleteo de la llama? ¿Es este tu destino, corazón? ¡Ay, cuánto mejor fuera la muerte!

La miseria llama a tu puerta, y te dice que tu señor está desvelado, que te llama en cita de amor, entre la sombra de la noche.

Los nubarrones cubren el cielo, la lluvia no se acaba. ¡No sé qué es esto que se mueve en mí, no sé qué quiere decir esto que siento!

El resplandor momentáneo del relámpago me arrolla una sombra más profunda sobre los ojos. Mi corazón busca a ciegas por el camino que va a donde la música de la noche me está llamando.

¡Luz! ¡Ay!, ¿dónde está la luz? ¡Enciéndela, ardor brillante del deseo! Truena, y el viento se abalanza clamoroso, y la noche está negra como la pizarra. ¡No dejes que pasen las horas en la sombra! ¡Enciende lámpara del amor con tu vida!.

FIRMES son mis ataduras; pero mi corazón me duele si trato de romperlas.

No deseo más que libertad; pero me da vergüenza su esperanza.

Sé bien qué tesoro inapreciable es el tuyo, que tú eres mi mejor amigo; pero no tengo corazón para barrer el oropel que llena mi casa.

De polvo y muerte es el sudario que me cubre. ¡Qué odio le tengo! Y, sin embargo, lo abrazo enamorado.

Mis deudas son grandes, infinitos mis fracasos, secreta mi vergüenza y dura. Pero, cuando vengo a pedir mi bien, tiemblo temeroso, no vaya a ser oída mi oración.

ESTOY llorando, encerrado en la mazmorra de mi nombre. Día tras día, levanto, sin descanso, este muro a mi alrededor; y, a medida que sube al cielo, se me esconde mi ser verdadero en la sombra oscura.

Este hermoso muro es mi orgullo, y lo enluzco con cal y arena, no vaya a quedar el más leve resquicio. Y con tanto y tanto cuidado, pierdo de vista mi verdadero ser.

SALÍ solo a mi cita. ¿Quién es ése que me sigue en la oscuridad silenciosa?

Me echo a un lado para que pase, pero no pasa.

Su marcha jactanciosa levanta el polvo, su voz recia duplica mi palabra.

¡Señor, es mi pobre yo miserable! Nada le importa a él de nada; pero ¡qué vergüenza la mía de venir con él a tu puerta!

“**P**RISIONERO, ¿quién te encadenó?”

“Mi señor, -dijo el prisionero.- “Yo creí asombrar al mundo con mi poder y mi riqueza, y amontoné en mis cofres dinero que era de mi Rey. Cuando me cogió el sueño, me eché sobre el lecho de mi Señor; y, al despertar, me encontré preso en mi propio tesoro”.

“Prisionero, ¿quién forjó esta cadena inseparable?”

Dijo el prisionero: “Yo mismo la forjé cuidadosamente. Pensé cautivar al mundo con mi poder invencible; que me dejara en no turbada libertad. Y trabajé, día y noche, en mi cadena, con fuego enorme y duro golpe. Cuando terminé el último eslabón, vi que ella me tenía agarrado”.

LOS que me aman en este mundo, hacen todo cuanto pueden por retenerme; pero tú no eres así en tu amor, que es más grande que ninguno, y me tienes libre.

Nunca se atreven a dejarme solo, no los olvide; pero pasan y pasan los días y tú no te dejas ver.

Y, aunque no te llame en mis oraciones, aunque no te tenga en mi corazón, tu amor siempre espera a mi amor.

ENTRARON en mi casa con el alba, diciendo: “Cabremos bien en el cuarto más pequeño.”

Decían: “Te ayudaremos en el culto de tu Dios, y nuestra humildad tendrá de sobra con la parte de gracia que le toque.” Y se sentaron en un rincón, y estaban quietos y sumisos.

¡Pero en la oscuridad de la noche sentí que forzaban la entrada de mi santuario, fuertes e iracundos; que se llevaban, con codicia impía, las ofrendas del altar de Dios!

QUE sólo quede de mí, Señor, aquel poquito con que pueda llamarte “mi todo”.

Que sólo quede de mi voluntad aquel poquito con que pueda sentirte en todas partes, volver a ti en cada cosa, ofrecerte mi amor en cada instante.

Que sólo quede de mí aquel poquito con que nunca pueda esconderte.

Que sólo quede de mis cadenas aquel poquito que me sujete a tu deseo, aquel poquito con que lleve a cabo tu propósito en mi vida: la cadena de tu amor.

PERMITE, Padre, que mi patria se despierte en ese cielo donde nada teme el alma, y se lleva erguida la cabeza; donde el saber es libre; donde no está roto el mundo en pedazos por las paredes caseras; donde la palabra surge de las honduras de la verdad; donde el luchar infatigable tiende sus brazos a la perfección; donde la clara fuente de la razón no se ha perdido en el triste arenal desierto de la yerta costumbre; donde el entendimiento va contigo a acciones e ideales ascendentes.....

¡Permite, Padre mío, que mi patria se despierte en ese cielo de libertad!.

MI oración, Dios mío, es ésta:
Hiere, hiere la raíz de la miseria en mi corazón.

Dame fuerza para que mi amor dé frutos útiles.

Dame fuerza para no renegar nunca del pobre, ni doblar mi rodilla al poder del insolente.

Dame fuerza para levantar mi pensamiento sobre la pequeñez cotidiana.

Dame, en fin, fuerza para rendir mi fuerza, enamorado, a tu voluntad soberana.

CREÍ que mi último viaje tocaba ya a su fin, gastado todo mi poder; que mi sendero estaba ya cerrado, que había ya consumido todas mis provisiones, que era el momento de guarecerme en la silenciosa oscuridad.

Pero he visto que tu voluntad no se acaba nunca en mí. Y, cuando las palabras viejas se caen secas de mi lengua, nuevas melodías estallan en mi corazón; y, donde las veredas antiguas se borran, aparece otra tierra maravillosa.

¡TE necesito a ti, sólo a ti!. Deja que lo repita sin cansarse mi corazón. Los demás deseos, que día y noche me embargan, son falsos y vanos hasta sus entrañas.

Como la noche esconde en su oscuridad la súplica de la luz, en la oscuridad de mi inconciencia resuena este grito: ¡Te necesito a ti, sólo a ti!.

Como la tormenta está buscando paz cuando golpea la paz con su poderío, así mi rebelión golpea contra tu amor y grita: ¡Te necesito a ti, sólo a ti!

CUANDO esté duro mi corazón y reseco, baja a mí como un chubasco de misericordia.

Cuando la gracia de la vida se me haya perdido, ven a mí con un estallido de canciones.

Cuando el tumulto del trabajo levante su ruido en todo, cerrándome el más allá, ven a mí, Señor del silencio, con tu paz y tu sosiego.

Cuando mi pordiosero corazón esté acurrucado cobardemente en un rincón, rompe tú mi puerta, Rey mío, y entra en mí con la ceremonia de un rey.

Cuando el deseo ciegue mi entendimiento, con polvo y engaño, ¡Vigilante santo, ven a con tu trueno y tu resplandor!

¡CUÁNTO tiempo hace que no llueve, Dios mío, en mi seco corazón! El horizonte está forzosamente desnudo; ni el más delgado vapor de la nube más suave, ni el más vago indicio del fresco chubasco más lejano.

¡Manda tu tormenta furibunda, negra y mortífera, si quieres, y sobresalta de parte a parte el cielo, con el látigo de tu relámpago!

¡Pero recoge, Señor, llama a ti este calor silencioso que todo lo penetra, quieto y cruel; este calor terrible que quema al corazón su esperanza!

¡Que la nube de gracia descienda y se incline a mí, como la mirada llorosa de la madre el día de la cólera paterna!

¿DÓNDE estás tú, amor mío? ¿Por qué te escondes detrás de todos, en la sombra? ¿Te empujan y te pasan por el camino polvoriento, creyendo que no eres nadie! Yo no sé el tiempo que hace que te espero, cansado, con mis ofrendas para ti; y los que van y vienen, me cogen las flores, una a una, y dejan vacío mi canasto.

Pasaron mañana y medio día. Es el anochecer, y mis ojos están caídos de sueño en la sombra. La gente que vuelve a sus hogares me mira sonriendo, y me avergüenzan. Estoy sentado como un muchacho mendigo, con las manos en la cara. Y cuando me preguntan qué quiero, bajo los ojos y callo.

¡Ay!, ¿cómo les voy a decir que te espero a ti, que tú me has prometido que vendrás? ¿Cómo me dejaría decir mi timidez que esta miseria mía es la dote que te guardo? ¡Ay!, ¿cómo aprieto este orgullo contra mí, en el secreto de mi corazón!

Sentado en la yerba, miro al cielo y sueño con el súbito esplendor de tu llegada. Llamean mil antorchas, los gallardetes de oro vuelan sobre tu carro, y los caminantes miran boquiabiertos cómo descienes de tu asiento y me alzas del polvo, cómo sientas a tu lado al mendiguillo andrajoso, que tiembla de orgullo y de vergüenza como una enredadera en la brisa del verano.

Pero pasa el tiempo, y no se oyen las ruedas de tu carroza. ¡Cuánta procesión va y viene, palpitante, entre gritos y relumbrones de gloria! ¿Sólo eres tú, quien tiene que seguir en la sombra, callado, detrás de todos? ¿Sólo soy yo quien ha de esperar y llorar y gastar, en vano afán, su corazón?

EN el alba, se murmuró que tú y yo habíamos de embarcarnos solos, y que nadie en el mundo sabría nada de nuestro viaje sin fin y sin objeto.

Por un mar sin orillas, ante tu callada sonrisa arrobada, mis canciones henchirían sus melodías, libres como las olas, libres de la esclavitud de las palabras.

¿No es la hora todavía? ¿Aun hay algo que hacer? Mira, el anochecer cae sobre la playa, y en la luz que se apaga, los pájaros del mar vuelven a sus nidos.

¿Cuándo se soltarán las amarras, y la barca, como el último vislumbre del poniente, se desvanecerá en la noche?

FUE un día en que yo no te esperaba. Y entraste, sin que yo te lo pidiera, en mi corazón, como un desconocido cualquiera, Rey mío; y pusiste tu sello de eternidad en los instantes fugaces de mi vida.

Y hoy los encuentro por azar, desparramados en el polvo, con tu sello, entre el recuerdo de las alegrías y los pesares de mis anónimos días olvidados.

Tú no desdeñaste mis juegos de niño por el suelo; y los pasos que escuché en mi cuarto de juguetes son los mismos que resuenan ahora de estrella en estrella.

MI alegría es vigilar, esperar junto al camino, donde la sombra va tras la luz, y la lluvia sigue los pasos del verano.

Mensajeros, que traen nuevas de cielos desconocidos, me saludan y siguen aprisa por la senda. Mi corazón late contento dentro de mí, y el aliento de la brisa que pasa me es dulce.

Del alba al anochecer, estoy sentado en mi puerta. Sé que, cuando menos lo piense, vendrá el feliz instante en que veré.

Mientras, sonrío y canto solo. Mientras, el aire se está llenando del aroma de la promesa.

¿NO oíste su pasos silenciosos? Él viene, viene, viene siempre.
En cada instante y en cada edad, todos los días y todas las
noches, Él viene, viene, viene siempre.

He cantado muchas canciones y de mil maneras; pero siempre decían
sus notas: “Él viene, viene, viene siempre.”

En los días fragantes del soleado abril, por la vereda del bosque, Él
viene, viene, viene siempre.

En la oscura angustia lluviosa de las noches de julio, sobre el carro
atronador de las nubes, Él viene, viene, viene siempre.

De pena en pena mía, son sus pasos los que oprimen mi corazón, y el
dorado roce de sus pies es lo que hace brillar mi alegría.

NO sé desde qué tiempos distantes estás viniendo a mí. Tu sol y tus estrellas no podrían nunca esconderte de mí para siempre.

¡Cuántas mañanas y cuántas noches he oído tus pasos! ¡Cuántas tu mensajero entró en mi corazón y me llamó en secreto!

Hoy, no sé por qué, mi vida está loca, y una trémula alegría me pasa el corazón.

Es como si hubiese llegado el tiempo de acabar mi trabajo. Y siento en el aire no sé qué vago aroma de tu dulce presencia.

SE me ha pasado la noche esperándolo en vano. Tengo miedo, no vaya a venir, de pronto, con la mañana, a mi puerta, cuando yo me haya quedado dormido de cansancio. ¡Amigos, dejadle franco el camino, no le prohibáis que pase!

Si el rumor de sus pasos no me despertara, os ruego que no vayáis a despertarme. ¡Y ojalá no me despertara tampoco el coro gritón de los pájaros, ni el alborozo del viento en la orgía de la luz del amanecer! ¡No me despertéis, aunque mi Señor venga de pronto a mi puerta!.

¡Ay, sueño mío precioso sueño, que sólo espera su roce para desvanecerse! ¡Ay, mis ojos cerrados que se abrían a la luz de su sonrisa, si él surgiera ante mí, como un sueño, de la oscuridad de mi sueño!

¡Que se aparezca él a mis ojos como la luz primera y la primera forma!
¡Que el primer estremecimiento de alegría le venga a mi alma amanecida de su mirar! ¡Que mi retorno a mí mismo sea volver de pronto a Él!

EL mañanero mar del silencio se quebró en ondas de cantos de pájaros. Las flores estaban contentas junto al camino. Un tesoro de oro se derramó por entre las rajadas nubes. Pero nosotros seguíamos aprisa nuestro camino, sin hacer caso.

No cantábamos nuestra alegría ni jugábamos; no nos llegamos a la aldea a comprar ni a vender; no hablábamos ni sonreíamos, ni nos parábamos a descansar. Íbamos más de prisa cada vez, con las horas.

Llegó el sol al cenit, y las tórtolas se arrullaron en la sombra; las hojas secas danzaron y volaron en el aire caliente del mediodía; el pastorcillo se adormiló a la sombra del baniano. Y yo me eché, a la orilla del agua, y estiré mi cuerpo rendido sobre la yerba.

Mis compañeros me insultaron con desprecio y, erguidas las cabezas, sin mirar atrás ni pararse un instante, siguieron afanosos y se perdieron en la brumosa lejanía azul. Cruzaron prados y colinas, pasaron extraños países distantes.....

¡Sea tuyo todo el honor, escuadrón heroico del sendero interminable! Tu mofa y tu reproche me tentaron a levantarme; pero yo no respondí; me di por bien perdido en la sima de mi alegre humillación, a la sombra de una vaga felicidad.

La paz de la verde sombra, que el sol recamaba, se tendió lenta sobre mi corazón. Olvidé el porqué de mi viaje y perdí, sin lucha, mi pensamiento en un laberinto de sombras y canciones.

Y, cuando salí de mi sueño, mis ojos abiertos te vieron ante mí, anegando mi sueño en tu sonrisa. ¿Cómo había yo pensado que era largo y penoso el camino, siendo que no era necesario luchar tanto para alcanzarte?

BAJASTE de tu trono y te viniste a la puerta de mi choza.
Yo estaba solo, cantando en un rincón, y mi música encantó tu oído. Y tú bajaste y te viniste a la puerta de mi choza.

Tú tienes muchos maestros en tu salón, que, a toda hora, te cantan. Pero la sencilla copla ingenua de este novato te enamoró; su pobre melodía quejumbrosa, perdida en la gran música del mundo.

Y tú bajaste con el premio de una flor, y te paraste a la puerta de mi choza.

IBA yo pidiendo, de puerta en puerta, por el camino de la aldea, cuando tu carro de oro apareció a lo lejos, como un sueño magnífico. Y yo me preguntaba, maravillado, quién sería aquel Rey de reyes.

Mis esperanzas volaron hasta el cielo, y pensé que mis días malos se habían acabado. Yo me quedé aguardando limosnas espontáneas, tesoros derramados por el polvo.

La carroza se paró a mi lado. Me miraste y bajaste sonriendo. Sentí que la felicidad de la vida me había llegado al fin. Y de pronto, tú me tendiste tu diestra, diciéndome: “¿Puedes darme alguna cosa?”

¡Ah, qué ocurrencia la de tu realeza! ¡Pedirle a un mendigo! Yo estaba confuso y no sabía qué hacer. Luego saqué despacio de mi saco un granito de trigo y te lo di.

Pero qué sorpresa la mía cuando, al vaciar por la tarde mi saco en el suelo, encontré un granito de oro en la miseria del montón. ¡Qué amargamente lloré de no haber tenido corazón para dárteme todo!

OSCURECIÓ. Nuestro trabajo estaba cumplido. Creíamos que había llegado ya el último huésped de la noche, y que las puertas de la aldea estaban todas cerradas. Alguno dijo que el Rey tenía que venir. Y nos reímos y dijimos: “No puede ser.”

Creímos que habían llamado a la puerta, pero pensamos que sería el viento. Y apagamos las lámparas y nos echamos a dormir. Alguno dijo: “Es el Heraldo del Rey.” Y nos reímos y dijimos: “No; es el viento.”

Se oyó un ruido en la cerrazón de la noche. En nuestro duermevela, nos pareció un trueno lejano. Y tembló la tierra y se mecieron los muros, sobresaltando nuestro sueño. Alguno dijo que era un rodar de ruedas. Y contestamos adormilados: “No; debe ser el carro de las nubes.”

Aún era de noche cuando sonó el tambor. Y oímos: “¡Despertad pronto!” Temblando de espanto, nos cogíamos el corazón con las manos. Alguno dijo: “¡Mirad la bandera del Rey!” Y nos levantamos gritando: “¡No hay tiempo que perder!”

Aquí está el Rey, pero ¿y las antorchas, y las guirnaldas, y el trono para él? ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! ¿Dónde está el salón? ¿Dónde las colgaduras? Alguno dijo: “¿A qué viene ese lamento? ¡Saludadlo con manos vacías, entradlo en vuestros cuartos desnudos!”

¡Abrid las puertas! ¡Que suenen las caracolas! ¡Ha venido el Rey de nuestra triste casa oscura, en la profundidad de la noche! ¡Truena el cielo, y el relámpago estremece las tinieblas! ¡Saca tu esterilla andrajosa y tiéndela en el patio, que nuestro Rey de la noche horrible ha venido, de pronto, en la tormenta!

PENSÉ pedirte la guirnalda de rosas de tu cuello, pero no me atreví. Y esperé a la mañana, y cuando te fuiste, cogí algunos pedacillos de flores de tu lecho. Y, como un mendigo, buscaba por la aurora alguna hojita perdida.

¡Ay! ¿Y qué he encontrado? ¿Qué me queda de tu amor? ¡Ni flor, ni especias, ni frasco de perfume, sino tu espada terrible, destellante como una llama, pesada como el rayo!

La luz nueva de la mañana entra por la ventana y se tiende en tu lecho. El pájaro primero me pregunta piando: “¿Qué encontraste?” ¡No, no es flor, ni especias, ni redoma de perfume, sino tu espada terrible!

Me siento a meditar, maravillado, en esta dádiva tuya. No se dónde esconderla. Me da vergüenza ponérmela, tan débil como soy. Me duele cuando la aprieto contra mi pecho. Sin embargo, llevaré esta dádiva tuya, esta carga de dolor, en mi corazón.

Nada temeré en el mundo ya, y tú serás victorioso en todas mis luchas. Tú me has dado por compañera a la muerte y yola coronaré con mi vida. ¡Aquí tengo tu espada para cortar mis ataduras! ¡Nada temeré ya en el mundo!

¡Lejos de mí, desde hoy, los adornos vanos! ¡Señor de mi corazón, ya no lloraré, ni desesperaré más por los rincones; ya no seré nunca más tímido ni mimoso. ¡Me has dado, para adornarme, tu espada! ¡Lejos de mí los adornos de muñeca!

¡QUÉ bella es tu pulsera encendida de estrellas, incrustada mágicamente con joyas de mil colores; pero cuánto más bella es tu espada con su curva de relámpagos, como las alas abiertas del pájaro divino de Visnú, cuando se tiende tranquilo en la irritada luz roja del ocaso!

Se estremece como la última respuesta solitaria de la vida estática de dolor, al golpe decisivo de la muerte. Brilla igual que la pura llama de la vida, cuando abrasa la impureza diaria en un destello furibundo.

¡Qué bella es tu pulsera encendida de estrellas! Pero tu espada, Señor del trueno, está forjada con belleza definitiva, ¡y es terrible a los ojos y al pensamiento!

NADA te pedí; ni siquiera te dije mi nombre al oído. Y, cuando te despediste, me quedé silencioso.

Yo estaba solo junto al pozo, donde caía la sombra oblicua del árbol. Las mujeres se volvían a sus casas con sus cántaros morenos de barro rebosantes, y me gritaron: “¡Vente, que va a ser mediodía!” Pero yo me retardaba lánguidamente, perdido en vagos pensamientos.

No oí tus pasos cuando venías. Cuando me miraste, tenías tristes los ojos; y con qué fatigada voz me dijiste bajo: “¡Ay, qué sed tiene el pobre caminante!” Desperté sobresaltado de mis ensueños, y eché agua de mi cántaro en tus palmas juntas..... Las hojas se rozaban sobre nuestras cabezas, el cuco cantaba desde la sombra invisible, y de la revuelta del camino venía el perfume de las flores del baba.

Cuando me preguntaste mi nombre, ¡me dio una vergüenza! Verdaderamente, ¿qué había hecho yo para merecer tu recuerdo? Pero el recordar que yo pudiera quitarte tu sed con mi agua se me ha quedado cogido al corazón, y lo envolverá para siempre en su dulzura.

Ya pasó la mañana, el pájaro canta monótono, las hojas del nima murmuran allá arriba. Y yo, sentado, pienso y pienso.....

AÚN está lánguido tu corazón, aún se te cierran los ojos de sueño.

¿No sabes que la flor está reinando, esplendorosa, entre espinas? ¡Despierta, despierta! ¡No dejes pasar el tiempo en vano!

Allá, al fin del sendero guijarroso, en una solitaria tierra virgen, mi amigo está sentado solitario. ¡No lo engañes esperándote! ¡Despierta, despierta!

¿Que si el cielo jadea y palpita en la brasa del mediodía? ¿Que si la arena hirviente tiende su manto sediento?

¿No sientes alegría en la profundidad de tu corazón? ¿No se abrirá el arpa del camino, a cada paso tuyo, en suave música de dolor?

¡QUÉ plenitud la de tu alegría en mí! ¡Qué descendimiento a mí el tuyo! Señor de todos los cielos, si yo no existiera, ¿qué sería de tu amor?

Tú me tienes como compañero de tu tesoro; tus alegrías están jugando sin parar en mi corazón, y tu voluntad está siempre recreándose en mi vida.

Por eso tú, Rey de reyes, te has adornado tan hermosamente, enamorado de mi corazón. Por eso te pierdes de amor en el amor de tu amante. Y allí eres visto, en la perfecta unión de los dos.

¡Luz, luz mía, luz que llenas el mundo, luz que besas los ojos,
que haces dulce el corazón!

¡Ay, cómo salta la luz, amor mío, las cuerdas de mi amor! El cielo se abre, y corre loco el viento, y la risa se desboca por toda la tierra.

Las mariposas tienden sus velas por el mar de luz, y sobre la cresta de las olas de luz, abren lirios y jazmines.

La luz se derrite en oro en cada nube, amor mío, y luego se derrama en pedrerías sin fin.

Un alborozo nuevo va de hoja en hoja, amor mío, un gozo sin límites. ¡El río del cielo ha roto sus riberas, y todo brilla, inmensamente inundado de alegría!

¡QUÉ todas las alegrías se unan en mi última canción: la alegría que hace desbordarse a la tierra en el exceso desenfrenado de la yerba; la alegría que echa a bailar vida y muerte, hermanas gemelas, por el vasto mundo; la alegría que la tempestad barre adentro, despertando y sacudiéndolo todo con su carcajada; la alegría que se sienta, en paz con sus lágrimas, en el abierto loto rojo del dolor; la alegría que tira cuanto tiene; la alegría que lo ignora todo!

SÍ, ya sé, amado de mi corazón, que todo esto, esta luz de oro que salta por las hojas, estas nubes ociosas que navegan por el cielo, esta brisa pasajera que me va refrescando la frente; ya sé que todo esto no es más que tu amor.

Esta luz de la mañana, que me inunda los ojos, no es sino tu mensaje a mi alma. Tu rostro se inclina a mí desde su cenit, tus ojos miran abajo, a mis ojos, y tus pies están sobre mi corazón.

EN las playas de todos los mundos, se reúnen los niños. El cielo infinito se encalma sobre sus cabezas; el agua, impaciente, se alborota. En las playas de todos los mundos, los niños se reúnen, gritando y bailando.

Hacen casitas de arena y juegan con las conchas vacías. Su barco es una hoja seca que botan, sonriendo, en la vasta profundidad. Los niños juegan en las playas de todos los mundos.

No saben nadar, no saben echar la red. Mientras el pescador de perlas se sumerge por ellas, y el mercader navega en sus navíos, los niños cogen piedrecillas y vuelven a tirarlas. Ni buscan tesoros ocultos, ni saben echar la red.

El mar se alza, en una carcajada, y brilla pálida la playa sonriente. Olas asesinas cantan a los niños baladas sin sentido, igual que una madre que meciera a su hijo en la cuna. El mar juega con los niños, y, pálida, luce la sonrisa de la playa.

En las playas de todos los mundos, se reúnen los niños. Rueda la tempestad por el cielo sin caminos, los barcos naufragan en el mar sin rutas, anda suelta la muerte, y los niños juegan. En las playas de todos los mundos, se reúnen, en una gran fiesta, todos los niños.

¿SABE alguien de dónde viene el sueño que pasa, volando, por los ojos del niño? Sí. Dicen que mora en la aldea de las hadas; que por la sombra de una floresta, vagamente alumbrada de luciérnagas, cuelgan dos tímidos capullos de encanto, de donde viene el sueño a besar los ojos del niño.

¿Sabe alguien de dónde viene la sonrisa que revuela por los labios del niño dormido? Sí. Cuentan que, en el ensueño de una mañana de otoño, fresca de rocío, el pálido rayo primero de la luna nueva, dorando el borde de una nube que se iba, hizo la sonrisa que vaga en los labios del niño dormido.

¿Sabe alguien en dónde estuvo escondida tanto tiempo la dulce y suave frescura que florece en las carnechas del niño? Sí. Cuando la madre era joven, empapaba su corazón de un tierno y misterioso silencio de amor, la dulce y suave frescura que ha florecido en las carnechas del niño.

HIJO mío, cuando te traigo juguetes de colores, comprendo por qué hay tantos matices en las nubes y en agua, y por qué están pintadas las flores tan variadamente....., cuando te doy juguetes de colores, hijo mío.

Cuando te canto para que tú bailes, adivino por qué hay música en las hojas, y por qué entran los coros de voces de las olas hasta el corazón absorto de la tierra....., cuando te canto para que tú bailes.

Cuando colmo de dulces tus ávidas manos, entiendo por qué hay mieles en el cáliz de la flor, y por qué los frutos se cargan, secretamente, de ricos jugos....., cuando colmo de dulces tus ávidas manos.

Cuando beso tu cara, amor mío, para hacerte sonreír, sé bien cuál es la alegría que mana del cielo en la luz del amanecer, y el deleite que traen a mi cuerpo las brisas del verano....., cuando beso tu cara, amor mío, para hacerte sonreír.

TÚ me has traído amigos que no me conocían. Tú me has hecho sitio en casas que me eran extrañas. Tú me has acercado lo distante y me has hermanado con lo desconocido.

Mi corazón se me inquieta si tengo que dejar mi albergue acostumbrado. Olvido que lo antiguo está en lo nuevo, que en lo nuevo vives también tú .

En el nacimiento y en la muerte, en este mundo o en otro, en cualquier sitio donde tú me lleves, tú eres tú mismo, el único compañero de mi vida infinita, tú, que estás atando siempre mi corazón, con lazos de alegría, a lo ignorado.

Pero cuando se te conoce, nadie es extranjero, ninguna puerta está cerrada. ¡Señor, concédeme esto que te pido: que yo no pierda nunca la felicidad de encontrar lo único en este juego de lo diverso;

POR la ladera del río desolado; entre las yerbas altas, le pregunté: “Muchacha, ¿adónde vas con tu lámpara bajo el manto? Mi casa está oscura y sola. ¡Préstame tu luz” Levantó sus ojos un instante, me miró al rostro en la penumbra, y dijo: “He venido al río a echar mi lámpara en la corriente, ahora que muere en ocaso la luz del día” Y entre las altas yerbas me quedé mirando, solitario, cómo la lucecilla de la lámpara se iba inútilmente en la marea.

En el silencio de la noche que se echaba encima, le pregunté: “Tus luces están todas encendidas, muchacha. ¿Adónde vas con tu lámpara? Mi casa está oscura y sola. ¡Préstame tu luz”. Levantó sus ojos oscuros a mi cara, y estuvo dudosa un momento: “He venido –dijo al fin- a ofrecer mi lámpara al cielo”. Yo me quedé mirando la lucecilla, que temblaba inútilmente en el vacío.

En la negrura sin luna de la medianoche, le pregunté: “Muchacha, ¿qué buscas, si tienes la lámpara junto a tu corazón? Mi casa está oscura y sola. ¡Préstame tu luz!” Se paró un momento, pensándolo, y me miró fijamente en la oscuridad. “He traído mi luz - dijo- para el Carnaval de las lámparas”. Yo me quedé mirando cómo su lucecilla se perdía inútilmente entre las luces.

¿QUÉ divina bebida quieres tú, Dios mío, de esta rebotante copa de mi vida?

Poeta mío, ¿te encanta ver la creación con mis ojos; oír, silencioso, en los umbrales de mis oídos, tu propia armonía eterna?

Tu mundo teje palabras en mi pensamiento, y tu alegría las hace más melodiosas. Te me das, enamorado, y luego sientes toda tu propia dulzura en mí.

LA que, en un crepúsculo de destellos y vislumbres, vivió siempre en el fondo de mi corazón; la que nunca abrió sus velos en la luz de la mañana, irá a ti, Dios mío, en mi última canción, como mi ofrenda última.

La cortejaron las palabras, pero no pudieron hacerla suya; y en vano la persuasión le ha tendido sus brazos vehementes.

He vagado por todos los países, con ella en el alma de mi corazón; y mi vida, a su alrededor, se ha levantado y se ha caído, grande y débil.

Reinó sobre mis pensamientos y mis actos, sobre mis sueños y mis ensueños, y, sin embargo, vivió sola y aparte.

Los hombres que llamaron a mi puerta, preguntando por ella, se fueron desesperados.

Nadie en el mundo la pudo nunca mirar frente a frente; y espera, en la soledad, tu reconocimiento.

ERES, a un tiempo, el cielo y el nido.
Hermoso mío, aquí en el nido, tu amor aprisiona el alma con colores, olores y músicas.

¡Cómo viene la mañana, con su cesta de oro en la diestra, donde trae la guirnalda de la hermosura, para coronar, en silencio, la tierra!

¡Cómo viene el anochecer por las veredas no pisadas de los prados solitarios, que ya abandonaron los rebaños! Trae, en su jarra de oro, la fresca bebida de la paz, cogida en el mar occidental del descanso.

Pero donde el cielo infinito se abre, para que lo vuele el alma, reina la blanca claridad inmaculada. ¡Allí no hay día ni noche, ni forma, ni color, ni nunca, nunca, una palabra!

TU rayo del sol viene, con los brazos abiertos, a esta tierra mía, y se pasa el día en mi puerta. Luego, a la vuelta, te lleva a tus pies nubes hechas de mis lágrimas, de mis suspiros y de mis canciones.

Enamorado y alegre, tú rodeas tu pecho estrellado con ese manto de nubes de niebla, y lo pliegas innumerablemente, y lo pintas de colores infinitos.

Es tan ligero, tan suave, tan tiernamente lloroso, tan oscuro, que tú, sereno y sin mancha, lo amas. Así puedes velar tu terrible resplandor blanco con sus patéticas sombras.

EL mismo caudal de vida que corre, día y noche, por mis venas, corre por el mundo y danza en compás rítmico.

Es la vida misma que salta de gozo por el polvo de la tierra, en innumerables briznas de yerba, que irrumpe en tumultuosas olas de hojas y de flores.

Es la vida misma que la cuna del mar mece, creciendo y bajando, del nacimiento a la muerte.

Y siento que mi cuerpo se glorifica al contacto de este universo de vida; y me lleno de orgullo, porque el latido de la vida de todos los siglos danza en este instante en mi sangre.

¿NO es tuyo el alegrarte con el gozo de este ritmo, el ser mecido, perdido, destrozado en el torbellino de esta terrible alegría?

Todas las cosas se precipitan incansables, sin volver los ojos; no hay nada que pueda sujetarlas; todas las cosas se precipitan.

Al compás de esa rápida música voluble, las estaciones vienen danzando y se van; y colores, armonías y perfumes se derraman, en cascada infinita, sobre esta alegría sin fin, que se abre, y se entrega, y muere a cada instante.

TU maya es que yo sea cuanto pueda ser, que eche, en mil vueltas, mil sombras de colores sobre tu resplandor.

Pones una valla a tu propio ser, y luego llamas, con voces infinitas, a tu ser separado. Y esa parte de ti mismo es la que ha encarnado en mí.

Tu canción penetrante va resonando por todo el cielo, en lágrimas multicolores y en sonrisas, en sustos y esperanzas. Se levantan olas y vuelven a hundirse, se quiebran los sueños y se completan. Yo soy la propia derrota de tu ser.

La cortina que tú has echado está pintada con figuras innumerables, por el pincel del día y de la noche. Tras ella tienes tu asiento, tejido en un maravilloso misterio de curvas, sin una sola estéril línea recta.

La gran comitiva de nosotros dos llena el cielo. Todo el aire está vibrando con nuestra melodía, y las edades pasan todas en este jugar al escondite, de nosotros dos.

ES él, mi más íntimo él, quien despierta mi vida con sus profundas llamadas secretas.

Él, quien pone este encanto en mis ojos; quien pulsa, alegremente, las cuerdas de mi corazón en su múltiple armonía de placer y de pesar.

Él, quien teje la tela de esta maya con matices tornasoles de oro y plata, azul y verde; quien asoma por sus pliegues los pies, cuyo contacto me enajena.

Los días pasan, mueren los años, y él sigue moviendo mi corazón con mil nombres, con mil disfraces, en innumerables transportes de placer y de pesar.

LA libertad no está para mí en la renunciación. Yo siento su abrazo en infinitos lazos deleitables.

Siempre estás tú escanciándome, llenándome este vaso de barro, hasta arriba, con el fresco brebaje de tu vino multicolor, de mil aromas.

Mi mundo encenderá sus cien distintas lámparas en tu fuego, y las pondrá ante el altar de tu templo.

No, nunca cerraré las puertas de mis sentidos. Los deleites de mi vista, de mi oído y de mi tacto, soportarán tu deleite.

Todas mis ilusiones arderán en fiesta de alegría, y todos mis deseos madurarán en frutos de amor.

HA muerto el día, y la sombra anega la tierra. Voy al río, que ya es la hora, a llenar mi jarra.

El aire oscuro está afanoso con la música triste del agua, que me está diciendo que vaya, en el crepúsculo. Nadie pasa por el callejón solitario. Se levanta el viento, y las olas tiemblan y se encabritan en el río.

No sé si volveré. No sé con quién me voy a encontrar. En el vado, el hombre desconocido toca, en su barquilla, su laúd.

LOS regalos que nos das colman nuestras necesidades, y, sin embargo, vuelven a ti sin perder nada.

El río cumple su trabajo cotidiano, corriendo entre campos y aldeas; pero su corriente incesante serpentea hacia ti para lavarte los pies.

La flor endulza el aire con su aroma; pero su último servicio es ofrecerse a ti.

Tu culto no empobrece en nada el mundo.

Las palabras del poeta dan a cada hombre el sentido que ellos quieren; pero su sentido definitivo va hacia ti.

DÍA tras día, Señor de mi vida, ¿te podré yo mirar frente a frente? Juntas mis manos, ¿te miraré frente a frente, Señor de todos los mundos?

Bajo tu cielo inmenso, en silencio y soledad, con humilde corazón, ¿te miraré frente a frente?

En este trabajoso mundo tuyo, hirviente de luchas y fatigas, entre las presurosas muchedumbres, ¿te miraré frente a frente?

Cuando mi obra haya sido cumplida en este mundo, Rey de reyes, solo ya y silencioso, ¿te miraré frente a frente?

TE reconozco como a mi Dios, y me estoy aparte. No te reconozco como mío, y me acerco a ti. Te miro como padre, y me inclino ante tus pies. No cojo tu mano como la de un amigo.

Yo no estoy allí donde tú descienes, y te llamas mío; no voy a abrazarte contra mi corazón, a tratarte como compañero.

Eres mi Hermano entre mis hermanos; pero a ellos no los atiende, ni divido con ellos mi ganancia, sino que comparto mi todo contigo.

Ni en el placer ni en el dolor estoy con los hombres, sino contigo solo. Soy tímido para dar mi vida, y así no me echo en las grandes aguas de la vida.

CUANDO la creación era nueva, y todas las estrellas brillaban en su esplendor primero, los dioses celebraron asamblea en el cielo, y cantaron: ¡Alegría pura, imagen de la perfección!”

Pero uno gritó de pronto: “¡Parece que la cadena de luz tiene en alguna parte una sombra, que se ha perdido una estrella!”

Estalló la cuerda de oro de sus arpas, y, dejando la canción, clamaron todos, desolados: “¡Sí; y la estrella perdida es la mejor, la gloria de los cielos!”

Desde entonces, la buscan sin parar, gritando que el mundo ha perdido con ella su única alegría.

Y en el profundo silencio de la noche, las estrellas se suspiran sonriendo: “¡Qué vana búsqueda! ¡La perfección inquebrantable está en todo!”

SI no es mío encontrarte en esta vida, sienta yo siempre, al menos, que me ha faltado el verte. No me dejes olvidarlo un solo instante; no me quites de mis sueños las punzadas de esta pena, ni de mis horas despiertas.

Mientras pasan mis días en el mercado bullicioso de este mundo, mientras se van llenando mis manos con la ganancia cotidiana, sienta yo siempre que no he ganado nada. No me dejes olvidarlo un solo instante; no me quites de mis sueños las punzadas de esta pena, ni de mis horas despiertas.

Cuando me siento en el camino, rendido y anhelante, cuando me echo a dormir en el polvo, sienta yo siempre que aún tengo que hacer el largo viaje. No me dejes olvidarlo un solo instante; no me quites de mis sueños las punzadas de esta pena, ni de mis horas despiertas.

Cuando está mi casa adornada, y suenan las flautas y las risas, sienta yo siempre que no te he invitado a ti. No me dejes olvidarlo un solo instante; no me quites de mis sueños las punzadas de esta pena, ni de mis horas despiertas.

SOY como un jirón de una nube de otoño, que vaga inútilmente por el cielo. ¡Sol mío, glorioso eternamente; aún tu rayo no me ha evaporado, aún no me has hecho uno con tu luz! Y paso mis meses y mis años alejado de ti.

Si este es tu deseo y tu diversión, ten mi vanidad veleidosa, píntala de colores, dórala de oro purísimo, échala sobre el caprichoso viento tuyo, tiéndela en cambiadas maravillas.

Y, cuando te guste dejar tu juego, con la noche, me derretiré, me desvaneceré en la oscuridad, o quizás en una sonrisa de la mañana blanca, en una frescura de pureza transparente.

¡CUÁNTOS días ociosos he sentido pena por el tiempo perdido!
Pero ¿ha sido perdido alguna vez, Señor? ¿No has tenido tú mi vida, cada instante, en tus manos?

Escondido en el corazón de las cosas, tú nutres las semillas y las tornas en brotes, y los capullos en flores, y las flores en frutos.

Estaba yo dormitando, rendido, en mi lecho ocioso, y pensaba que no hacía cosa alguna. Cuando desperté, en la mañana viva, ¡vi mi jardín lleno de flores!

EL tiempo es infinito en tus manos, Dios mío. ¿Quién podrá contar tus minutos?

Pasan días y noches, se abren los años y luego se mustian, como flores. Tú sabes esperar.

Tus siglos vienen, uno tras otro, perfeccionando la florecilla del campo.

Pero nosotros no podemos perder nuestro tiempo, y tenemos que echarnos de cabeza a nuestras ocasiones. ¡Somos demasiado pobres para llegar tarde!

Y así, el tiempo se va mientras yo se lo estoy dando a los otros que, irritados, lo reclaman. Y así tu altar está sin una sola ofrenda.

Por la tarde, me apresuro temeroso, no vaya a estar cerrado tu portal. Pero siempre llego a tiempo.

MADRE, yo te haré una cadena de perlas para tu garganta, con las lágrimas de mi dolor.

Las estrellas forjaron con luz las ajorcas de tus pies; pero mi cadena será para tu pecho.

Riqueza y nombradía vienen de ti, y tú puedes darlas o no, a tu gusto. Pero mi dolor es sólo mío, y cuando te lo ofrezco, tú me pagas con tu gracia.

LA espina de la separación pasa el mundo y hace nacer formas innumerables en el cielo infinito.

Su pena es quien mira en silencio las estrellas de la noche, quien se pone lírica, con las rumorosas hojas, en la sombra lluviosa de julio.

Su dolor es el que se echa sobre todas las cosas, el que se sume en el amor y en el afán, en el martirio y en la alegría de los hogares humanos; el que fluye, derretido en canciones, de mi corazón de poeta.

CUANDO los guerreros salieron del cuartel de su señor, ¿dónde habían escondido su poder, dónde habían dejado su armadura y sus armas?

Iban pobres y desvalidos, y las flechas cayeron sobre ellos como chaparrones, el día que salieron del cuartel de su señor.

Cuando los guerreros volvieron al cuartel de su señor, ¿dónde habían escondido su poder?

Habían dejado la espada, el arco y la flecha. Traían la paz en las frentes, y los frutos de su vida se habían quedado tras ellos, el día que volvieron al cuartel de su señor.

LA muerte, tu esclava, está a mi puerta. Ha cruzado el mar desconocido y llama en tu nombre, a mi casa.

Está oscura la noche y tiene miedo mi corazón. Pero yo cogeré la lámpara, abriré mi puerta, y le daré, rendido, la bienvenida; porque es mensajera tuya la que está a mi puerta.

La adoraré, llorando, con las manos juntas. La adoraré echando a sus pies el tesoro de mi corazón.

Y ella se volverá, cumpliendo su mandato, dejando su sombra negra en mi mañana. Y en mi casa desolada quedaré yo, solo y mustio, como mi última ofrenda ante ti.

DESESPERADO, la busco por todos los rincones de mi cuarto, pero no la encuentro.

Mi casa es pequeña, y lo que una vez se ha ido de ella, no vuelve a encontrarse. Pero tu casa, Señor, es infinita. Y buscándola he llegado a tu puerta.

Mírame bajo el dosel dorado del cielo de tu anochecer, mírame cómo levanto mis ojos ansiosos a tu cara.

He venido a la playa de la eternidad donde nada se pierde, ninguna esperanza, ninguna felicidad, ninguna visión de rostros vistos a través de las lágrimas.

¡Ahoga mi vida vacía en ese mar! ¡Húndela en la más profunda plenitud! ¡Haz que sienta, una vez sola, la dulce caricia perdida en la totalidad del universo!

¡DIVINIDAD del templo en ruinas! Ya no cantan tu alabanza las cuerdas rotas del Vina. Las campanas del anochecer no claman ya la hora de tu oración. A tu alrededor, el aire está quieto y callado.

La brisa vagabunda de la primavera llega a tu desolación, y te cuenta de las flores, que ya nadie viene, en adoración rendida, a ofrecerte.

El que creyó en ti otro tiempo, vaga esperando el favor no concedido todavía. Y en el anochecer, cuando luces y sombras se mezclan en la polvorienta oscuridad, él vuelve, jadeante, al templo arruinado, con hambre en el corazón.

¡Cuántos días de fiesta vienen callados a ti, Divinidad del templo en ruinas! ¡Cuántas noches de ofrendas se van, sin que nadie encienda tus lámparas!

Los artífices hacen imágenes nuevas, que se lleva la corriente del olvido cuando llega la hora. ¡Sólo tú, Divinidad del templo en ruinas, sigues sin culto, en abandono inmortal, esperando!

CALLEN mis palabras bulliciosas, callen mis gritos, que así lo quiere mi señor. Desde hoy, hablaré en susurros, y una suave melodía llevará la palabra de mi corazón al altar.

Todos van, presurosos, al mercado del Rey. Allí están ya los tratantes. Pero yo tengo mi descanso inoportuno en lo mejor del día, cuando es mayor el trabajo.

¡Que broten, pues, las flores de mi jardín a destiempo, que las abejas del mediodía vengan a zumbar perezosas!

¡Qué de horas perdidas en esta lucha del bien y del mal! Pero mi compañero de juego de los días ociosos se deleita ahora cogiéndome el corazón; y no sé qué es esta llamada repentina, ni por qué inútil volubilidad sucede.

¿QUÉ ofrecerás a la muerte el día que llame a tu puerta?
- Le tenderé el cáliz de mi vida, lleno del dulce mosto de mis días de otoño y de mis noches de verano.

¡No se irá con las manos vacías! Todas las cosechas y todas las ganancias de mi afán, se las daré, el último día, cuando ella llame a mi puerta.

¡**M**UERTE, último cumplimiento de la vida, Muerte mía, ven, y
háblame bajo!

Día tras día, he velado esperándote, y por ti he sufrido la alegría y el martirio de la vida.

Cuanto soy, tengo y espero, cuanto amo, ha corrido siempre hacia ti, en un profundo misterio. Mírame una vez más, y mi vida será tuya para siempre.

Las flores están ya enlazadas, y lista la guirnalda para el esposo. Será la boda, y dejará la novia su casa, y, sola en la noche solitaria, encontrará a su Señor, encontrará a su Esposo.

SÉ que vendrá un día en que no veré más esta tierra. La vida se despedirá de mí en silencio, y me echará la última cortina sobre los ojos.

Pero las estrellas velarán por la noche, y se alzarán la mañana como antes, y las horas se henchirán, como las olas del mar, levantando dolores y placeres.

Cuando pienso en este último momento, se cae la valla de los instantes, y veo, a la luz de la muerte, tu mundo, con sus tesoros indolentes. Inapreciable es el más pobre de sus asientos, inapreciable la más pequeña de sus vidas.

¡Váyanse enhorabuena las cosas que anhelé en vano, las cosas que fueron mías; y que sólo posea yo de veras lo que nunca quisieron ver mis ojos, lo que siempre desdeñé!

ME han llamado. ¡Decidme adiós, hermanos míos! ¡Adiós, me voy!

Aquí os dejo la llave de mi puerta; renuncio a todo derecho sobre mi casa. Sólo os pido buenas palabras de despedida.

Vivimos mucho tiempo juntos, y recibí más de lo que pude dar. Ahora es de día, y la lámpara que iluminó mi rincón oscuro se ha apagado. Me llaman, y estoy dispuesto para el viaje.

YA me voy. ¡Deseadme suerte, amigos míos! La aurora sonroja el cielo, y mi camino parece hermoso.

Me preguntáis qué me llevo. Mis manos vacías y mi corazón repleto de esperanza.

Me pondré sólo mi guirnalda nupcial, porque el vestido pardo del peregrino no es mío; y, aunque el camino sea peligroso, va sin temor mi pensamiento.

Cuando mi viaje llegue a su fin, saldrá la estrella de la tarde, y las melancólicas armonías del crepúsculo se abrirán tras el pórtico del Rey.

PASÉ, sin darme cuenta, el umbral de esta vida.
¿Qué poder fue el que me hizo abrir en este inmenso misterio, como un capullo, a medianoche, en el bosque?

Cuando, a la mañana, vi la luz, sentí al punto que yo no era un extraño en este mundo, que lo desconocido sin nombre ni forma me había tenido en brazos, en la forma de mi madre.

De igual manera, al salir a la muerte, esto mismo desconocido me parecerá familiar. Y como amo tanto esta vida, sé que amaré lo mismo la muerte.

El niño, cuando su madre le quita el seno derecho, se echa a llorar; pero al punto encuentra en el izquierdo su consuelo.

CUANDO me vaya, sea esta mi palabra última: que lo que he visto no puede ser mejor.

Gusté la miel oculta de este loto que se abre en el océano de la luz, y así fui bendito. Sea esta mi última palabra.

He jugado en esta casa de juguetes de formas infinitas, fantásticas, azul y naranja; y vislumbé, jugando, a Aquél que no tiene forma.

Mi cuerpo entero ha vibrado al contacto de Aquél que es intangible. Si aquí debe ser el fin, sea. Ésta es mi última palabra.

CUANDO yo jugaba contigo, nunca te pregunté quién eras. Yo no conocía timidez ni miedo. Mi vida era vehemente.

Al amanecer, me llamabas tú de mi sueño, como un hermano, y me llevabas corriendo de selva en selva.

Nada me importaba, entonces, el sentido de las canciones que me cantabas. Mi voz sólo recogía la tonada, y a su compás bailaba contigo mi corazón.

Hoy, cuando ya no es tiempo de jugar, ¿qué repentina visión es ésta que se me aparece? El mundo está mirándote a los pies, sobrecogido, temblando con todas sus estrellas silenciosas.

TE adornaré con los trofeos y las guirnaldas de mi derrota. No es mío el escapar del vencedor.

Sé bien que se estrellará mi orgullo, que mi vida romperá sus cadenas, de tanto dolor, que mi corazón vacío sollozará fuera, melodioso como una caña hueca, que la piedra se derretirá en lágrimas.

Sé bien que no quedarán siempre cerradas las cien hojas de un loto, que será descubierto el secreto escondite de su miel.

Desde el cielo azul, un ojo me verá y me llamará en silencio. Nada quedará de mi nada, y recibiré a tus pies la muerte completa.

CUANDO yo tenga que dejar el timón, sabré que habrá llegado la hora de que lo cojas tú, Señor. Lo que haya que hacer será hecho al punto. ¿A qué esta lucha?

¡Pues quita ya las manos, corazón, mío, y acepta calladamente tu derrota; considera qué suerte la tuya de quedarte tan bien, donde estás tan tranquilo!

Por encender mis lámparas, que apaga cada vientecillo, me olvido, una vez y otra, de todo lo demás.

Pero ya voy a hacer lo que debo, y esperaré, a oscuras, en mi estera tendida en el suelo; y, cuando tú lo quieras, Señor, ven callado, y siéntate conmigo.

DESCIENDO a las profundidades del mar de las formas, en busca de la perla perfecta de lo que no la tiene.

No más este navegar, de puerto en puerto, con mi barco viejo de naufragios. Ya se fueron los días en que era mi gozo ser juguete de las olas.

Y ahora tengo ansia de morir en lo inmortal.

Llevaré el arpa de mi vida al tribunal que está junto al abismo sin fin de donde sube la música no tocada.

Y acordaré mi música con la música de lo eterno; y cuando haya cantado su sollozo último, pondré mi arpa muda a los pies de lo callado.

TODA mi vida te busqué con mis canciones. Ellas me llevaron de puerta en puerta, y con ellas tanteé a mi alrededor, buscando, buscando mi mundo.

Lo que he aprendido en mi vida, ellas me lo enseñaron; me abrieron sendas secretas, encendieron a mis ojos todas las estrellas que hay sobre el horizonte de mi corazón.

Mis canciones me guiaron, cada día, a los misterios del placer y del dolor. Y ahora, ¿a qué portal de qué palacio me han traído, en este anochecer en que acaba mi camino?

ME jacté ante los hombres de haberte conocido, y en todas mis obras ven tu retrato. Vienen y me preguntan: “¿Quién es?” No sé qué responderles, y digo: “La verdad es que no lo sé”. Se burlan de mí, pobre “maestro”, y se van desengañados, desdeñosos. Y tú sigues sentado allí, sonriendo.

He hablado de ti en canciones perdurables, cuyo secreto brota de mi corazón. Vienen y me preguntan: “¿Qué quiere decir todo eso?” No sé qué responderles, y digo: “¡Ay, quién sabe lo que quiere decir eso!” Y se ríen de mí, y se van despreciándome. Y tú sigues sentado allí, sonriéndome.

PERMITE, Dios mío, que mis sentidos se dilaten sin fin, en una salutación a ti, y toquen este mundo a tus pies.

Como una nube baja de julio, cargada de chubascos, permite que mi entendimiento se postre a tu puerta, en una salutación a ti.

Que todas mis canciones unan su acento diverso en una sola corriente, y se derramen en el mar del silencio, en una salutación a ti.

Como una bandada de cigüeñas que vuelan, día y noche, nostálgicas de sus nidos de la montaña, permite, Dios mío, que toda mi vida emprenda su vuelo a su hogar eterno, en una salutación a ti.

TRÁNSITO

1

EL sol rompe entre las nubes de este día en que me he de ir, y el cielo contempla a la tierra como la maravilla de Dios.

Mi corazón está triste porque no sabe de dónde lo están llamando.

¿Trae la brisa el suspiro del mundo que dejo tras de mí, con su música de lágrimas que se derrite en el silencio soleado; o el aliento de la isla del mar distante, gozosa en el verano de las flores desconocidas?

CUANDO se cierra el mercado, y todos vuelven, entre el crepúsculo, a sus casas, me siento al camino a verte pasar en tu barca, que va cruzando el agua oscura, con el rayo del poniente en la vela.

Miro tu figura silenciosa de pies en el timón; y, de repente, cojo tus ojos mirándome. Yo dejo de cantar, y te llamo, que me lleves a la otra orilla.

HA saltado el viento, y voy a izar mi vela de canciones.
¡Timonero, siéntate al timón, que mi barca se impacienta por
libertarse, por bailar con el ritmo del viento y el agua!

Va anocheciendo, y mis amigos de la ribera se fueron ya ¡Suelta la
cadena, y leva el ancla; y vámonos por el mar, a la luz de las estrellas!

En este instante de mi despedida, el viento se desata hasta suspirar
hecho música. ¡Timonero, siéntate al timón!

A CÉPTAME, Señor; cógeme este rato; y que se lleve el olvido los días huérfanos que pasé sin ti.

Tiende este momentillo mío, descansadamente, en tu falda, y tenlo bajo tu luz.

He vagado persiguiendo voces que me atraían, pero que no me llevaron a ninguna parte.

¡Déjame ahora que me siente, tranquilo, a escuchar tus palabras en el corazón de mi silencio!

¡No apartes tu cara de los oscuros secretos de mi alma, sino enciéndelos hasta consumírmelos en tu fuego!

LAS avanzadas de la tormenta lejana han puesto sus tiendas de nubes por el cielo; la luz se ha vuelto lívida, el aire va húmedo de lágrimas por las sombras sin voz de la arboleda.

Está en mi corazón la calma de lo triste, como el silencio pensativo ronda el laúd del Maestro, antes de que su música comience.

Mi mundo se ha extasiado, en la expectación del gran dolor de tu llegada a mi vida.

¡QUÉ bien has hecho, Amado mío, qué bien has hecho en enviarme tu fuego de dolor!

Porque mi incienso no regala su perfume hasta que se quema, y mi lámpara está ciega hasta que la encienden.

Mi pensamiento entumido necesita que el relámpago de tu amor hiera su torpeza, y la misma oscuridad que borra mi mundo arde como una antorcha, cuando la incendia tu rayo.

¡LÍBRAME de mi propia sombra, Señor; de la ruina y la
confusión de mis días!

¡Cógeme de la mano, que la noche está oscura, y tu peregrino ciego;
sácame de la desesperación; prende con tu llama la lámpara sin luz de mi
pena; despierta de su sueño mi fuerza cansada!

¡No me dejes rezagarme, contando lo que perdí; que el camino me cante
de la casa, a cada paso mío!

¡Que la noche está oscura, y tu peregrino ciego; cógeme de la mano!

EL farol que llevo en mi mano, arma contra mí la oscuridad del camino.

Y el lindero de la senda se me vuelve un espanto, donde hasta el árbol en flor me frunce el ceño, como un espectro de torvas amenazas; y el ruido de mis propios pasos se me convierte en el eco de la sospecha emboscada.

Por eso te pido tu luz matutina, en la que lo distante y lo cercano se han de besar, y la muerte y la vida serán una en el amor.

CUANDO tú me libertas, andan con pie más ligero tus mundos.
Cuando las manchas de mi corazón están lavadas, se aviva la luz de tu sol.

Si el capullo no abre su hermosura en mi vida, el corazón del universo se ahoga de tristeza.

Cuando se levante de mi alma el manto de la oscuridad, será música tu sonrisa.

TÚ, llenando con tus dones el mundo, me has regalado tu amor.

Como mi corazón está dormido y la noche es oscura, no sé qué son cuando los derramas sobre mí; pero, aunque esté perdido en la cueva de mis sueños, me estremecen, de vez en cuando, rachas de alegría.

Y sé que a cambio del tesoro de tus mundos infinitos, al despertar mi corazón, una mañana, recibirás de mí una florecilla de amores.

MIS ojos, de tanto velar, no saben ya qué es sueño; pero, aunque no te encuentre, me es dulce la vela.

Mi corazón se sienta en la oscuridad de la lluvia, a esperar a tu amor; y, aunque nunca llegue, esperar me es dulce.

Todos se van, cada uno su camino, y me dejan atrás; pero, aunque me quede solo, me es dulce escuchar por si vienes.

La cara nostálgica de la tierra que teje sus nieblas de otoño llena de anhelos mi corazón; y, aunque sean en vano, me es dulce sentir el dolor del afán.

SÉ firme en tu fe, corazón mío, que ya amanecerá.
La semilla de la promesa está en lo hondo de la tierra, y brotará un día.

Como un capullo, el sueño abrirá su corazón a la luz, y hallará su voz el silencio.

¡Ya viene el día en que tu carga se ha de volver tu regalo, en que tu martirio te irá alumbrando la senda!

LA hora de las bodas es el crepúsculo, cuando los pájaros cantaron ya lo último, y los vientos se han echado sobre las aguas; cuando el sol poniente alfombra la cámara nupcial, y se prepara la lámpara que ha de arder toda la noche.

El Venidor Invisible anda entre la tiniebla muda; mi corazón está temblando.

Todas las canciones se callan, que el rito va a cumplirse ya bajo la estrella vespertina.

DE noche, cuando el ruido se ha cansado, el aire se llena con el murmullo del amor; y los afanes vagabundos del día vuelven a su descanso, alrededor de la lámpara encendida.

El fuego del amor se serena hasta ser adoración; se abisma la corriente del vivir; y el mundo de las formas viene a su nido, que está en la belleza que sobrepasa toda forma.

¿QUIÉN es ése que está velando, solo, en esta tierra dormida, en el aire soñoliento de entre las hojas inmóviles? ¿Quién en el nido callado de los pájaros, en los secretos corazones de los capullos en flor? ¿Quién en las palpitantes estrellas de la noche, en el abismo de la pena de mi vida?

16

VINISTE a mi puerta, con el alba, cantando. Yo me enfadé porque me habías despertado; y no te hice caso, y te fuiste.

Viniste al mediodía, pidiendo agua. Yo me incomodé, porque estaba trabajando; y te despedí de mal humor.

Viniste, anocheciendo, con tus antorchas llameantes. Me diste espanto, y te cerré mi puerta.

¡Ahora, en la medianoche, sentado solo en mi cuarto oscuro, te llamo que vuelvas, a ti, a quien eché con insulto!

¡**R**ECOGE del polvo esta vida mía; ponla, bajo tus ojos, en la palma de tu mano!

¡Álzala a la luz, escóndela en la sombra de la muerte; guárdala en el joyero de la noche, con tus estrellas rutilantes; y, a la mañana, que se encuentre a sí misma entre las flores que abren para adorarte!

SÉ que esta vida, aunque no madure en el amor, no está perdida del todo.

Sé que las flores que se mustian al amanecer, y las corrientes que se extravían en el desierto, no están perdidas del todo.

Sé que cuanto se rezaga en esta vida, cargado de lentitud, no está perdido del todo.

Sé que mis sueños no realizados, mis melodías sin cantar, están cogidos a una cuerda tuya del laúd; que no están perdidos del todo.

LLEGASTE a mí en las horas caprichosas de la primavera, con cantos de flauta, con flores; y trastornaste las ondas de mi corazón hasta hacérmelas olas, que mecían el loto rojo del amor. Y me pediste que saliera contigo al secreto de la vida.

Pero yo me quedé dormido entre las hojas rumorosas de mayo. Cuando desperté, la nube se acumulaba en el cielo, y las hojas muertas iban en remolino con el vendaval.

A través del goteo de la lluvia, oigo tus pasos que vienen, y tu llamada, que me pide que salga contigo al secreto de la muerte.

Voy a ti, y dejo mi mano en tu mano; y tus ojos arden, y chorrea agua de tu pelo.

LA lluvia hace vago el día; relámpagos iracundos miran, súbitos, por los velos andrajosos del agua; y el bosque está, como un león enjaulado, sacudiendo desesperadamente su melena.

Entre los vientos voladores, déjame que encuentre, hoy, mi paz en tu presencia; porque el cielo pesaroso ha ensombrecido mi soledad, para hacerme sentir más hondo el toque de tu mano en mi corazón.

AQUELLA noche en que el huracán me echó abajo la puerta, una racha apagó mi lámpara, y todo se quedó oscuro; y yo no supe que tú habías entrado en mi cuarto, sobre las ruinas.

Yo tendía los brazos al cielo, buscando ayuda. Estaba echado en el polvo, esperando en la negrura tumultuosa, sin saber que la tempestad era tu propia bandera.

Con la mañana, vi que tú estabas sobre el vacío que había quedado en mi casa.

¿ES el Destructor ese que viene? ¡Porque el estrepitoso mar de lágrimas se hincha en pleamar de dolor; y las nubes carmines corren sin freno en el viento, bajo el látigo del rayo; y suena por todo el cielo la risotada atronadora de los Locos!

¡La Vida viene en la carroza, coronada por la Muerte! ¡Sácale, en tributo, todo cuanto tienes; no aprietes tus ahorros contra tu corazón; no mires lo que dejas; rinde tu cabeza a sus pies, arrastrando tu pelo por el polvo!

¡Anda, corre; que la lámpara se ha apagado con el huracán y la casa está desamparada; que el tempestuoso vendaval grita en tus puertas, y los muros se están moviendo; y te llaman de ese vago país que está más allá de nuestro conocimiento!

¡No escondas tu cara espantada; las lágrimas son en vano; han saltado las cadenas de tu puerta! ¡Sal corriendo hacia el fin de todas las alegrías y las penas, y que tus pasos sean los de una danza de desesperaciones!

¡Canta: “Victoria a la Vida en la Muerte”! ¡Acepta tu destino, desposada; échate tu manto rojo, y sigue, por la oscuridad, la luz de la antorcha del Prometido!”

CUANDO te hice daño, aunque no lo sabía, me acerqué más a ti.
Cuando peleé contigo, para que me derrotaras, te acaté, al fin como dueño.

Cuando te robé en secreto, sólo conseguí hacer una carga de mi robo.

Cuando, orgulloso, luché contra tu corriente, fue sólo para sentir tu fortaleza en mi pecho.

Cuando apagué, en rebeldía, la luz de mi casa, tu cielo me sorprendió con sus estrellas.

¿H^{AS} venido a mí, hecho mi pena? ¡Pues más he de apretarme a ti!

¡Pues tu cara está cubierta de oscuridad, más he de verte!

¡Salte mi vida, en una llama, al golpe mortífero de tu mano!

¡Que las lágrimas que salen de mis ojos corran alrededor de tus pies, adorándote!

Y el martirio de mi pecho, ¡que me diga que aún eres mío!

POR huirte, me escondí. Ahora que, al fin, me encontraste,
¡hiéreme, a ver si me encojo!

Termina del todo el juego; y si, a lo último, ganas tú, ¡despójame de cuanto tenga!

Reí y canté en los tenduchos del camino, y en las salas majestuosas. Ahora que has entrado en mi vida, ¡hazme llorar, mira a ver si me partes el corazón!

CUANDO despierte yo en tu amor, mi noche de ocio no será ya más.

Tu sol saliente tocará mi corazón con su piedra de toque llameante, y empezará mi viaje por su órbita de sufrimiento triunfador.

Me arriesgaré a recoger el reto de la muerte y a llevar tu voz en el corazón de la burla y la amenaza.

Y presentaré mi pecho contra los males lanzados sobre tus hijos, y me atreveré a ponerme a tu lado, allí donde no quede nadie más que tú.

S OY la tierra cansada del verano, la desnuda de vida y la reseca; y estoy esperando que tu chubasco caiga en la noche, cuando abro mi pecho para recibirlo en silencio.

En cambio, quisiera darte mis canciones y mis flores; pero mi tesoro está vacío, y de mi corazón no sale más que un hondo suspiro, entre la yerba mustia.

Mas yo sé que tú esperarás la mañana en que mis horas estén rebosando riquezas.

VEN a mí, como la nube de verano, tendiendo tus chaparrones de cielo a cielo.

Ahonda la moradez de tus montes, con tus majestuosas sombras; aviva las florestas lánguidas en florecer; despierta en los arroyos monteses el fervor de la búsqueda lejana.

¡Ven a mí, como la nube de verano; renuévame el corazón, con la promesa de la vida oculta y con la alegría de lo verde!

TE encontré donde la noche toca el borde del día, donde la luz sobresalta la oscuridad y la hace aurora, y las olas dan el beso de una orilla a la otra.

Del corazón de azul insondable, viene un llamamiento de oro; quiero mirarte tu cara, a través del crepúsculo de lágrimas; pero no sé de fijo si se te ve.

SI me está negado el amor, ¿por qué, entonces, la mañana se parte, cantando el corazón?; ¿por qué son estos suspiros que el viento del sur derrama entre las hojas recién salidas?

Si me está negado el amor, ¿por qué, entonces, la medianoche sufre con ese nostálgico silencio el pesar de las estrellas?

¿Y por qué este necio corazón echa tan locamente su esperanza sobre el mar, que no sabe dónde acaba?

SÓLO una parte de mi don está en este mundo; lo demás, está en mis sueños.

Tú, que eludes siempre mi mano, ven a ellos, en secreto silencio, escondiendo tu lámpara.

Te conoceré por el estremecimiento de la oscuridad, por el susurro de los mundos invisibles, por el aliento de la playa desconocida.

Te conoceré por el repentino deleite de mi corazón, cuando se deshaga en tristeza de lágrimas.

YO sé que ganarás, un día, mi corazón, amante mío.

Por tus estrellas te asomas a lo hondo de mis sueños; me mandas tus secretos en tus rayos de luna; y yo te hablo bajo, y mis ojos se me borran de lágrimas.

Tu pretender está en el cielo soleado, vibrando entre las hojas trémulas; en las horas ociosas rebosantes del flautear de los pastores; en el crepúsculo empañado por la llovizna, cuando el corazón se pone resentido de soledades.

ALGUIEN ha dejado, secretamente, una flor de amor en mi mano. Alguien me ha robado el corazón y lo ha esparcido por el cielo, a los cuatro vientos. Y no sé si lo he encontrado, o si lo busco por todas partes; si esto que siento es una punzada de dicha o de dolor.

LA lluvia barre, de parte a parte, el cielo; y en el loco viento mojado los jazmines están deleitándose con su propio olor.

¡Hay en el corazón de la noche una secreta alegría! ¡Alegría del cielo velado, en sus estrellas ocultas; alegría del jardín de medianoche, en el canto de sus pájaros que atesora él avaramente!

¡Déjame que llene con ella mi corazón, que la lleve en secreto todo el día!

CUANDO iba caminando por el día, me sentí seguro; y, envanecido de mi propia agilidad, no reparé en la maravilla de tu camino; que tu propia luz estaba entre nosotros dos.

Ahora es de noche, y siento, a cada paso, tu camino, en la oscuridad; y el olor de las flores, que llena el silencio, como si fuera eso que dice bajito la madre al niño, cuando la luz se ha apagado.

Te tengo apretada la mano, y tu contacto está conmigo en mi soledad.

NAVEGANDO por la noche, vine al Festín de al vida, y encontré el copón de oro de la mañana lleno de luz para mí. Canté de alegría, sin saber quién era mi dador; y no me acordé de preguntar su nombre.

Al mediodía, la tierra caliente me quemaba los pies y el sol la cabeza. Muerto de sed, me llegué a un pozo, me dieron agua y la bebí. Y mientras gozaba la copa granate, que era dulce como un beso, no vi al que la tenía, ni me acordé de preguntar su nombre.

En el rendido anochecer, ando buscando el camino de mi casa; y el guía viene con su lámpara, y me hace señas que vaya. Le pregunto su nombre; pero sólo veo su luz a través del silencio, sólo siento su sonrisa llenando la oscuridad.

¡NO me dejes, no te vayas, que es de noche; y el camino del yermo está solo y oscuro, y se pierde; y la tierra cansada yace inmóvil, como un ciego sin bordón!

¡Me parece que he estado esperando este instante, hace siglos, para encender mi lámpara y coger mis flores!

¡Ya he llegado a la playa del mar sin fin; ya voy a echarme en él y a perderme para siempre!

YO no sabía que me habías tocado antes del amanecer.

La nueva me ha venido alcanzando lentamente a lo largo de mi sueño, y mis ojo se abren con una sorpresa de lágrimas.

¡Parece que está el cielo lleno de susurros para mí; todo mi cuerpo está bañándose en canciones!

Y mi corazón se inclina reverente, como una flor cargada de rocío, y siento el raudal de mi vida precipitarse en lo infinito.

HACÍA mucho tiempo que no venía a mi casa ningún huésped; y mis puertas estaban cerradas con llave, y mis ventanas tenían echado el pestillo. Pensé que mi noche sería solitaria.

Pero abrí mis ojos y vi que la oscuridad se había desvanecido.

Me levanté, y corrí; y los cerrojos de mis maderas estaban todos saltados, y por la puerta de par en par, tu viento y tu luz tremolaban sus banderas.

Mientras fui prisionero de mi casa, y tuve cerradas mis puertas, ,mi corazón estaba siempre pensando en huir y vagar. Ahora, ante mi portón caído, me estoy quieto, esperando tu venida.

Me tienes atado con mi libertad.

A **PAGA** las lámparas, corazón mío, las lámparas de tu noche solitaria; que te están llamando para que abras tus puertas, porque ha salido ya la luz de la mañana.

Deja en un rincón tu laúd, corazón mío, el laúd de tu vida solitaria; que te están llamando para que salgas en silencio, porque la mañana se ha puesto a cantar por ti.

ESTE amanecer, me regalaste tu flor más temprana y me afinaste tenuemente tu luz.

Yo soy una abeja que se ha revolcado en el corazón de tu dorada aurora, y tengo las alas radiantes de su polen.

Encontré mi lugar en el festín de canciones de tu abril, y se han roto mis cadenas, como la niebla de la mañana, jugando.

¡DAME la libertad de los pájaros de las maniguas, vagadores de las sendas nunca vistas!

¡Dame la libertad del torrente de las lluvias, la libertad de la tormenta, que, sacudiendo su greña, se precipita hacia su fin desconocido!

¡Dame la libertad del fuego de la floresta; del trueno, que se ríe a carcajadas retando a la oscuridad!

YO estaba durmiendo a la sombra de mis muros, cuando me llamaste; y no te oí.

Entonces tú me golpeaste con tus manos, y yo me desperté llorando.

Me levanté asustado, y vi que el sol estaba ya fuera, que la pleamar había subido el grito de lo hondo, que mi barca esperaba, meciéndose en el agua saltadora.

¡**A** LÉGRATE, que ya saltaron las cadenas de la noche; que se han disipado ya los sueños!

Tu palabra ha rasgado sus velos, y están abiertos los capullos de la mañana; ¡despierta tú, el que duermes!

¡La salva de la Luz se dilata de este a oeste; y en las torres de la prisión en ruinas, se levantan los cánticos de la Victoria!

A **HORA** mismo te estoy viendo, sentado en la alfombra de oro de la mañana.

El sol te da en la corona, las estrellas se caen a tus pies, gentes y más gentes vienen, te saludan y se van.

Y el poeta sigue sentado, silencioso, en un rincón.

ESTA mañana de otoño, mi huésped ha llegado a mi puerta.
¡Canta, corazón mío, canta la bienvenida!

¡Que tu canción sea la canción del azul iluminado por el sol, del aire húmedo de rocío, del oro exuberante de los campos de mies; la de la risa del agua sonora!

O, si no, estate un rato callado, ante él, mirando su cara, y luego, deja tu casa, y vete con él en silencio.

YO vivía en el lado más sombrío del camino; y me pasaba la vida mirando los jardines de las gentes del otro lado, embriagándome en el sol.

Me sentía pobre, y andaba de puerta en puerta con mi necesidad; y mientras más me daban los otros, de su cuidada abundancia, más me pesaba mi zurrón.

Una mañana, el repentino abrirse de mi puerta me despertó, y tú entraste, y me pediste limosna.

Rompí desesperado la tapa de mi arca, y mi sobresalto me hizo hallar mi propia riqueza.

AQUÉL que siempre esperaba fuera, como un mendigo, en el la fiesta de la vida, tú lo cogiste en tus brazos y lo coronaste con la muerte.

Pusiste tu diestra en sus lástimas, y lo besaste con esa paz que calma la sed turbulenta de la vida.

Lo has igualado con todos los reyes, con el mundo antiguo de la sabiduría.

PERDÍ mi corazón por el camino polvoriento del mundo; pero tú lo recogiste en tu mano.

Mientras buscaba yo alegría, no coseché más que pesar; pero el que tú me diste, se ha convertido en la alegría de mi vida.

Mis afanes se diseminaron; tú los fuiste reuniendo y los enhebraste con tu amor.

Yo iba vagando de puerta en puerta; y cada paso me acercaba más a tu umbral.

POR el camino, voy con la muchedumbre; pero cuando el camino termina, me encuentro sólo contigo.

No lo supe y cuando mi día se entenebreció hasta ser crepúsculo, cuando mis compañeros me dejaron; no lo sabía yo cuando se abrieron tus puertas y me quedé sorprendido de la música de mi propio corazón.

Pero ¿todavía hay señales de lágrimas en mis ojos, y está ya el lecho dispuesto y la lámpara encendida, y estamos solos tú y yo?

CUANDO ellos vinieron alborotando y me rodearon, te escondieron a mis ojos. Y yo pensé que te daría mis regalos a lo último.

Ahora que el día se va acabando, y todos, cobrado su jornal, se han ido, y me he quedado solo, te veo de pies en la puerta.

Pero nada me queda que darte; y levanto mis manos a ti.

MUCHO me has dado, pero aún te pido más.
No vengo a ti sólo por beber el agua, vengo por el manantial;
no porque me lleven hasta la puerta solamente, sino a la sala del Señor; no
sólo por la dádiva del amor, sino por el Amante mismo.

HE venido a ti para que me toques con tu mano, antes de comenzar yo mi día.

¡Descansa un momento tus ojos en mis ojos; déjame que me lleve a mi trabajo la certeza de tu amistad, amigo mío!

¡Llena mi pensamiento de tu música, para que me dure en todo el desierto del ruido!

¡Que el sol de tu amor bese las cimas de mis pensamientos y se atarde en el valle de mi vida, donde esté granando mi cosecha!

¡PONTE ante mis ojos, y que tu mirada prenda fuego a mis canciones!

¡Ponte entre tus estrellas, y que yo encuentre encendido en sus llamas el fuego de mi adoración!

La tierra está esperando junto al camino del mundo. ¡Ponte sobre el manto verde que ella ha echado a tus pies, y que yo sienta en su yerba y en las flores de su pradera la expansión de su propio saludo!

¡Ponte en mi anochecer solitario, donde mi corazón vela solo, y lléname el cáliz de su soledad; y que yo sienta en mí la infinidad de tu amor!

QUE tu amor juegue con mi voz; que descanse en mi silencio.
Que pase a todos mis movimientos, por mi corazón.

Que brille, lo mismo que las estrellas, en la oscuridad de mi sueño, y
amanezca en mi despertar.

Que arda en la hoguera de mis deseos, y fluya en todas las corrientes de
mi propio amor.

¡Que yo lo lleve en mi vida, como un arpa su música, y te lo devuelva,
al fin, con mi vida!

REY mío, ¡cómo te escondes en tu propia gloria!
El granito de arena, la gota de rocío son más orgullosos en su aparentar que tú.

Desvergonzadamente, el mundo llama tuyas todas las cosas que son tuyas; y, sin embargo, nunca le decimos nada.

Tú, apartándote en silencio, nos haces sitio; y por eso el amor enciende su propia lámpara para buscarte y viene a adorarte sin ser requerido.

CUANDO volvía a mi hogar, de la casa en fiesta, el hechizo de la medianoche sosegó la danza de mi sangre.

Mi corazón enmudeció de pronto, como un teatro abandonado donde ya apagaron las lámparas.

Mi pensamiento pasó a la oscuridad y se fue con las estrellas; y vi que estábamos descuidadamente en el patio silencioso del palacio de nuestro Rey.

A NOCHE, estaba yo pensando en mis días desatinados, cuando creí que me hablabas tú:

“Toda tu negligente juventud, tuviste las puertas de tu casa de par en par.

“El mundo entraba en ella y salía a su antojo, con su polvareda , sus dudas, su desorden, y también con su música.

“Yo vine a ti entre el gentío loco, y una y otra vez, aunque tú no me conocías ni me invitabas.

“Si hubieras tenido cerradas tus puertas en sabio apartamiento, ¿cómo había yo podido encontrar franca tu entrada en casa?”

NO hay que echar nunca a nadie para hacerte sitio; que cuando el amor prepara su silla, la está preparando para todos.

Cuando un Rey terrenal aparece, los guardias cierran el paso a la muchedumbre; pero cuando vienes tú, Rey mío, el mundo entero viene alrededor de ti.

CON sus canciones matutinas él llama a nuestra puerta, y nos trae el saludo del sol primero.

Con él llevamos nuestro rebaño a los campos; con él tocamos, a la sombra, nuestra flauta.

Se nos pierde, y lo encontramos, una y otra vez, entre el gentío del mercado.

En las horas de la tarea cotidiana, lo vemos, de pronto, sentado en la yerba, al lado del camino.

Andamos al redoble de su tambor, y bailamos cuando canta.

Para jugar con él hasta el fin, apostamos nuestras alegrías y nuestras penas.

Está al timón de nuestra barca; con él nos mecemos en las peligrosas olas.

Por él encendemos nuestra lámpara, y nos ponemos a esperar cuándo se acaba nuestro día.

CORRED a su lado, como buenos hermanos, donde lo veáis trabajando con los que trabajan.

Sentaos alrededor de él, donde lo veáis jugar, como compañeros suyos.

Seguidlo, cuando pase, al compás del redoble de su tambor.

Precipitaos en lo más bullicioso de la feria, la de la vida o muerte, que él está allí con la muchedumbre, en el mismo corazón del tumulto.

No desmayéis en vuestro viaje por los solitarios montes de espinas; pues su llamada suena a cada paso nuestro, y sabemos que es la voz del amor.

CUANDO, al amanecer, sonaron campanas en tu templo, hombres y mujeres corrieron, sendero del bosque abajo, con sus ofrendas de flores frescas.

Yo estaba echado en la yerba, a la sombra, y los dejé pasar.

Y pienso que hice bien, porque entonces estaban mis flores en capullo. Ahora que, al cabo del día, se han abierto, voy a mi adoración nocturna.

EL camino de mi Rey, echado inmóvilmente ante mi casa, me tiene nostálgico el corazón.

Me tiende su mano, llamándome; su silencio me grita que salga; me besa los pies, con súplicas calladas, a cada paso mío.

Me va llevando no sé a qué abandono, a qué súbita fortuna, a qué sorpresas de desconsuelo.

Ni sé tampoco dónde paran sus revueltas; pero este camino de mi Rey, que se tiende inmóvilmente ante mi casa, me tiene nostálgico el corazón.

CUANDO, acabado el día, voy camino de la casa de mi Rey, los caminantes vienen y me preguntan: “¿Qué tributo le llevas a tu Rey?”

Yo no sé qué enseñarles ni qué decirles, porque no tengo más que esta canción.

En mi casa, donde se pide tanto y son tantos los que piden, mis preparativos son grandes: pero cuando voy a la casa de mi Rey, no llevo más que esta canción que ofrecerle para su corona.

MIS canciones, como las flores de la primavera, vienen de ti; pero, sin embargo, te traigo éstas que tú oyes, como si fueran mías.

Tú te sonríes y las aceptas, y te alegras del goce de mi orgullo.

Si las flores que te canto son leves, y se mustian, y se caen en el polvo, no he de lamentarlo nunca; porque la ausencia no es pérdida en tu mano, y los momentos fugitivos que florecen en belleza se mantienen frescos siempre en tu guirnalda.

REY mío, yo fui llamado por ti a que tocara mi flauta junto al camino, para que los que llevan la carga de la vida silenciosa puedan detenerse un momento en sus trajines, y sentarse y maravillarse ante el balcón del portal de tu palacio; para que puedan ver de nuevo lo siempre antiguo, y encuentren, una vez y otra, lo que está siempre a su alrededor; y digan: “Las flores se han abierto y los pájaros cantan”.

CUANDO despertaron en mi corazón las primeras canciones de la juventud, creí que venían a jugar con las flores matutinas.

Cuando abrieron sus alas y se fueron volando por el yermo, me pareció que tenían el espíritu del verano, el que cae con repentino tronido de tormenta, y se derrocha del todo, riendo; creí que habían sido llamadas locamente por la tempestad, para que se precipitaran y se perdieran más allá del país del sol poniente.

Ahora que, en la luz del anochecer, veo la raya azul de la costa, sé que mis canciones son la barca que me ha traído al puerto, a través del mar alborotado.

TU laúd tiene muchas cuerdas; déjame que le ponga también las mías. Y, cuando arranques de ellas tus canciones, mi corazón romperá su silencio y mi vida será una con tu canción.

Déjame que ponga esta lucecilla mía entre tus estrellas innumerables; y en la danza de tu fiesta de luminarias, mi corazón saltará; y mi vida será una con tu sonrisa.

¡SÍ mi canción fuera sencilla como el despertar en la mañana, como el gotear del rocío de las hojas; sencilla como los colores de las nubes y los aguaceros de la medianoche!

Pero las cuerdas de mi laúd están acabadas de poner, y, en su torpeza, lanzan agudas sus notas, como dardos.

¡Y así les falta el espíritu del viento, y lastiman la luz del cielo; y sus melodías luchan obstinadamente por empujar y echar atrás tu propia música!

TE he visto, tocando tus músicas, por la sala de baile de la vida; en el súbito romper de la hoja de primavera, tu risa me ha venido a saludar; y, echado en campos de flores, he oído en la yerba tu susurro.

El niño ha traído a mi casa el mensaje de tu esperanza, y la mujer, la música de tu amor.

Y ahora estoy aguardando, en la playa, sentirte en la muerte, para encontrar de nuevo el estribillo de la vida en las canciones de estrella de la noche.

ESTOY acordándome de cuando yo era niño; cuando el primer sol, como otro niño que venía a jugar conmigo, entraba de pronto, alborotando, hasta mi cama, con su diaria sorpresa matinal; cuando la fe en lo maravilloso florecía en mi corazón, cada mañana, como en flores nuevas, mirándole con sencilla alegría la cara al mundo; cuando los insectos, los pájaros, las bestias todas, los matojos, la yerba y las nubes tenían para mí la plenitud de su valor mágico; cuando el goteo de la lluvia, por la noche, me traía sueños del país de las hadas, y la voz de mi madre, en el anochecer, daba sentido a las estrellas.

Y pienso en la muerte, en el levantarse del telón y en la mañana nueva; y en vi mi vida despertada con otra sorpresa de amor.

MIENTRAS mi corazón no te besó lleno de amor, mundo, tu luz no había tenido su esplendor completo; y tu cielo velaba, toda la larga noche, con su lámpara encendida.

Mi alma vino cantando a ti; y cambiasteis vuestros suspiros, y ella te echó al cuello su guirnalda.

Yo sé que te ha dado algo que será atesorado con tus estrellas.

ME dejaste, desde muy temprano, tu sitio en tu ventana.
MY he hablado con tus mandaderos silenciosos, que van por el camino a tus mandados; y he cantado con tu coro celeste.

He visto el mar en calma, soportando su inconmensurable silencio; y con tormenta, luchando por violentar el misterio de su propia profundidad.

He mirado la tierra en su pródiga fiesta juvenil y en sus lentas horas de sombras meditabundas.

Los que iban a la siembra han oído mi saludo, y los que volvían con su cosecha o con sus canastos vacíos han pasado junto a mis canciones.

Así, mi día ha terminado al fin; y ahora que anochece, canto mi última canción para decir que he amado tu mundo.

Amí me ha tocado servirte cantando.
Y en mis canciones he hecho hablar a tus flores de la primavera,
y he dado compás a tus hojas rumorosas.

He cantado hasta lo más silencioso de tu noche: la paz de tu mañana.

El estremecimiento de las primeras lluvias del verano se ha metido en
mis cantares, y el ondular de la cosecha del otoño.

Permite, Señor, que no enmudezca mi canción a lo último, cuando me
rompas el corazón para entrar en mi casa, sino que estalle, saludándote.

HUÉSPEDES de mi vida: tú viniste con la primera claridad del día; y tú, durante la noche.

Tu nombre lo dijeron las flores de la primavera; y el tuyo, las lloviznas.

Tú trajiste a mi casa el arpa; y tú, la lámpara.

Y cuando os hubisteis ido, vi en el suelo de mi casa las pisadas de Dios.

Ahora que va a acabar mi jornada, os saludo a todos, en las flores odorantes del anochecer.

SENTÍ que veía tu cara, y eché mi barca en la oscuridad.
La mañana, ahora, raya sonriendo, y están abiertas las flores de primavera.

Pero, aunque la luz falte y se mustien las flores, yo seguiré navegando y navegando.

Cuando me hiciste señas callandito, el mundo dormía, y la sombra estaba desnuda.

Ahora, repican las sonoras campanas, y mi barca está cargada de oro.

Pero, aunque se callen las campanas y mi barca se quede vacía, yo seguiré navegando y navegando.

Unas barcas se fueron ya, y otras no están aparejadas todavía; yo no me entretendré.

¡Mira las velas llenas, los pájaros que vienen de la otra playa!

Pero, aunque las velas se aflojen, aunque se pierda el mensaje de la otra orilla, yo seguiré navegando y navegando.

“CAMINANTE, ¿adónde vas?”
“Voy a bañarme en el mar, al alba rosigrana, por el camino de los árboles”.

“¿Dónde está ese mar, caminante?”

“Está donde este río deja de correr, donde el alba se abre en la mañana, donde la tarde se cae en el crepúsculo”.

“Caminante, ¿cuántos son los que van contigo?”

“No sé contarlos. Toda la noche vienen caminado con sus lámparas encendidas; todo el día vienen cantando, por tierra y por agua”.

“¿Y está muy lejos el mar, caminante?”

“Todos preguntan lo lejos que está; y cuando bajamos nuestro hablar, el rugido rodado de su agua se hincha hasta el cielo. ¡Está siempre tan cerca y tan lejos!”

“Caminante, ¡cómo va quemando el sol!”

“Nuestro viaje es largo y penoso. ¡Cantad los cansados de espíritu, cantad los tímidos de corazón!”

“¿Y si la noche os alcanza, caminante?”

“Nos echaremos a dormir hasta que el nuevo día alboree cantando, y flote en los aires la llamada del mar.”

COMPañERO del camino, ¡recibe el saludo del caminante!
Señor de mi corazón roto; Señor de la despedida y el fracaso; del silencio gris de la caída de la tarde; ¡recibe el saludo de la casa ruinoso!

Luz de la mañana recién nacida, sol del día perdurable; ¡recibe el saludo de la esperanza que no muere!

Guía mío; yo soy un caminante de un camino sin fin; ¡recibe el saludo del hombre vagabundo!

LA COSECHA

1

DIME que sí, y cogeré todos mis frutos, y te los llevaré, en canastos llenos, a tu patio, aunque algunos se han pasado y otros están verdes aún; porque le pesa ya mucho su carga a la estación, y la flauta del pastor se queja ya en la sombra.

El viento inquieto de marzo irrita, fastidioso, la onda lánguida con su murmullo; el jardín ha rendido todo su don; y en el cansado anochecer, tu llamada viene de tu casa, por el sol poniente de la ribera. ¡Dime que sí, y daré mi vela al viento del río!

CUANDO, siendo yo joven, mi vida era como una flor, como una flor a la que nada le importaba perder una hojilla de su tesoro, cuando la brisa de la primavera venía a pedir a su puerta.

Ahora, cuando muere mi juventud, mi vida es como una fruta, como una fruta a la que nada le sobra y anhela darse de una vez, con su carga completa de dulzura.

¿**A**CASO la fiesta del verano no es para las hojas secas y las flores mustias, lo mismo que para las flores frescas? ¿El canto del mar está acordado acaso solamente con las olas que se yerguen? ¿No canta también con la ola que se cae?

La alfombra que pisa mi Rey está tejida con joyas; pero hay terrones humildes que esperan pacientes su pisada.

Pocos son los sabios y los grandes que están sentados junto a mi Señor; pero Él ha venido por su pobre de espíritu, lo ha cogido entre sus brazos, y lo ha hecho esclavo suyo para siempre.

AL despertar esta mañana, me encontré su carta. No sé qué dice, porque no sé leer; ni molestaré al sabio en la soledad de sus libros, porque él quizás tampoco entienda lo que dice.

¡Déjame que la apriete contra mi frente, que la estreche contra mi corazón! Cuando la noche se calle, y vayan saliendo las estrellas una a una, la abriré sobre mi falda y me estaré callado. Las hojas suspirantes me la leerán en voz alta, el arroyo atropellado me la irá cantando, y las siete estrellas sabias me la rezarán desde el cielo.

¡No encuentro lo que busco! ¡No puedo comprender lo que quisiera!
¡Pero esta carta sin leer me ha aliviado de mi carga, y me ha hecho canciones mis pensamientos!

UN puñado de polvo podía ocultar tu seña cuando yo ignoraba su sentido. Ahora que sé más, la leo en todo lo que antes la escondía.

Está pintada con hojas de flores, la destellan las olas en espuma, los montes la levantan sobre sus cumbres.

Como yo no te miraba, leía las letras al revés, y no sabía su secreto.

6

POR los caminos, me pierdo. ¡El agua ancha y el cielo azul, sin señales, donde la ruta está escondida por las alas de los pájaros, por los rayos de las estrellas, por las flores de las estaciones viajeras!

¿Tu sangre lleva la sabiduría del camino invisible, corazón?

¡M**I** casa no es ya casa para mí! ¡No puedo más! ¡Me voy; que el
Desconocido eterno me llama desde el camino!

¡Cómo me duele su pisada, que resuena ya en mi pecho! ¡Y el viento se
levanta, y se lamenta el mar!

¡Quédense ahí mis dudas, mis cuidados! Yo me voy con la marea sin
hogar; porque el Desconocido me llama, yéndose ya por el camino!

¡DISPONTE a partir, corazón mío, que has sido llamado por tu nombre en el cielo de la mañana! ¡Quédense los otros, si quieren; pero tú no esperes a nadie!

El capullo anhela la noche y el rocío, pero la flor abierta grita a la luz: “¡Libertad!” ¡Revienta tu pecho, corazón mío, y sal!

CUANDO mi pereza me retenía entre el montón de mis tesoros, era yo como un gusano que se alimenta, en la sombra, del fruto en donde nació.

¡No, no, cárcel de pobre; no quiero dar más vueltas a mi quietud mohosa! ¡Lejos todo lo que no es vida mía, ni ligero como mi risa; que voy tras la eterna juventud!

Y corro por los días; y en la carroza de mi corazón vaga el poeta, bailando y cantando.

ME cogiste de la mano, me llevaste contigo, y me sentaste en el trono, delante de los hombres. Me fui volviendo tímido, incapaz de acción, inútil para el camino. Dudaba de todo, y discutía conmigo a cada paso, no fuese a pisar espina en el favor humano.

Vino la piedra, sonó el tambor del insulto, y mi silla rodó, humillada, por el polvo. ¡Libre al fin! Los caminos, abiertos ante mí; mis alas, llenas del afán del cielo! ¡Me voy con las estrellas errantes de la medianoche, a hundirme en la sombría profundidad! ¡Soy como la nube del verano en el huracán, que se quita su corona de oro, y se cuelga el rayo, igual que una espada, en la cadena del relámpago! ¡Con qué desesperada alegría corro por el camino polvoriento de los desdeñados, a tu bienvenida final!

ESTA cadena mía no me adorna con sus joyas no más que para burlarse de mí. Cuando la tengo al cuello, me lastima; cuando quiero arrancármela, me ahoga. ¡Me agarra la garganta, me estrangula mi canción!

¡Si pudiese yo siquiera dártela en tu mano, Señor, qué libre quedaría!
¡Quítamela tú, y átame con una guirnalda; que me da vergüenza llegar ante tus ojos, con esta cadena de joyas al cuello! Vanas joyas. Vanas ante ti.

EL Jumna corría allá en lo hondo, ligero y claro. Arriba, ceñudo, el tajo alzaba su frente. Y montes de oscuro verdor, cicatrizados de torrentes, se agrupaban en torno.

Govinda, el grana Maestro seike, leía, sentado en la roca, las escrituras; cuando Raghunath, su discípulo, orgulloso de sus riquezas, llegó hasta él y le dijo, inclinándose: “Te traigo un pobre regalo, indigno de ser aceptado por ti.” Y lució ante su Maestro un par de brazaletes de oro y piedras preciosas.

Cogió el Maestro uno de ellos y lo hizo girar en su dedo; y las piedras echaban flechas de luz. De pronto, se le salió del dedo el brazalete, y cayó, saltando por la roca, al agua.

Raghunath dio un grito y se arrojó al río. El Maestro volvió sus ojos al libro. Y el agua aprisionó y ocultó su robo, y siguió su curso.

Cuando Raghunath volvió, cansado y chorreante, a su Maestro, el día se estaba ya apagando. Anhelante, le dijo: “Si me dices dónde cayó el brazalete, quizás pueda encontrarlo todavía.”

El Maestro cogió el otro brazalete, y tirándolo al agua, le respondió: “¡allí!”

MOVERSE es encontrarte a cada paso, Compañero caminante; es cantar al compás de tus pies. El que es rozado de tu aliento, no se guarda caminando por la ribera, sino que tiende su vela intrépida al viento y cabalga sobre las olas turbulentas.

Quien abre sus puertas de par en par y sale, recibe tu saludo. Y no se para a contar su ganancia, ni a lamentar su ruina, sino que siente latir su corazón como tambor en marcha; porque andando va siempre contigo, Compañero caminante.

TÚ me prometiste que tus manos me darían mi parte de felicidad en este mundo. Por eso brilla tu luz en mis lágrimas. Y tengo miedo de ir con los otros, no sea que me pase sin verte por el rincón en que tú me estás esperando para guiarme.

Voy y vengo, a mi antojo, por mi camino, hasta que mi locura te mueve a acercarte a mi puerta; porque tú me prometiste que tus manos me darían mi parte de felicidad en este mundo.

¡TU palabra sí que es sencilla, Maestro mío, no la de los que hablan de ti! ¡Qué bien entiendo la voz de tus estrellas y el silencio de tus árboles! Y sé que mi corazón quisiera abrirse como una flor, que mi vida se ha llenado en una fuente escondida.

Tus canciones, como pájaros de un nevado país solitario, vienen volando a hacer su nido en mi corazón, para cuando llegue abril caliente. ¡Qué feliz soy esperando la alegre estación!

ELLOS sabían el camino, y fueron en tu busca por el sendero angosto; pero yo lo ignoraba, y me salí de él, y me puse a vagar en la noche.

Como no me habían enseñado a temerte en la oscuridad, me encontré, sin saber cómo, en el umbral de tu puerta. Me riñeron los sabios, y me dijeron que me fuera, que yo no había venido por el callejón. Yo me iba con mi duda, pero tú me retuviste fuertemente.

Y la riña de ellos fue más agria cada día.

SALÍ, con mi lámpara de barro, de mi casa y grité: “¡Venid conmigo, hijos míos, que yo alumbraré vuestro camino!”

La noche estaba oscura aún, y yo volvía por el camino callado, gritando: “¡Alúmbrame, fuego, que mi lámpara de barro está rota en el polvo!”

NO, tú no sabes abrir los capullos y convertirlos en flores. Los sacudes, los golpeas, pero no está en ti el hacerlos florecer. Tu mano los mancha; les rasga sus hojas; los deshace en polvo, pero no les saca color alguno, ni ningún aroma.

¡Ay, tú no sabe abrir el capullo y convertirlo en flor!

El que puede abrir los capullos ¡lo hace tan sencillamente! Los mira nada más, y la savia de la vida corre por las venas de las hojas. Los toca con su aliento, y la flor abre sus alas y revolotea en el aire; y le salen, sonrojados, sus colores, como ansias del corazón; y su perfume traiciona su dulce secreto.

¡Ay, el que sabe abrir los capullos, lo hace tan sencillamente!

SUDAS, el jardinero, cogió de su estanque el último loto que había quedado del desastre del invierno, y se fue a la puerta del palacio real a ver si se lo quería comprar el Rey.

Al llegar, se encontró con un caminante, que le dijo: “¿Cuánto quieres por tu último loto, que se lo voy a ofrecer a Buda, nuestro Señor?”

Sudas le contestó: “Te lo dejo en un masha de oro.”

Y el viajero se lo dio.

El Rey salía en aquel instante del palacio, para ir a ver a nuestro Señor Buda, y pensó: “¡Qué hermoso sería poner a sus pies este loto de invierno!” Y quiso comprar la flor.

Cuando el jardinero le dijo que le habían dado por ella un masha de oro, el Rey le ofreció diez; pero el caminante dobló entonces el dinero.

El codicioso del jardinero pensó que aquel a quien querían los dos ofrecer el loto le daría más que ellos; y se inclinó, y les dijo: “No puedo vender la flor.”

En el silencio umbrío del bosque de mangos, que se dilata fuera de los muros de la ciudad, Suda estaba de pies ante Buda nuestro Señor, cuyos labios son el trono del silencio del amor y cuyos ojos destellan paz, como la estrella matutina del otoño, puro de rocío.

Miró a su rostro, le puso el loto a sus pies y bajó su frente hasta hundirla en el polvo.

Buda sonrió y le dijo: “¿Qué quieres tú, hijo mío?”

Y Sudas le contestó: “La caricia más leve de tu mano.”

¡NOCHE, Noche velada, hazme tu poeta! ¡Déjame entonar las canciones de todos los que, por siglos de siglos, se han sentado en silencio a tu sombra! ¡Súbeme en tu carro sin ruedas que corre silencioso de mundo a mundo, tú, Reina del palacio del tiempo, la oscuramente hermosa!

¡Cuánto entendimiento afanoso ha penetrado mudo en tu patio, y ha vagado por tu casa sin lámpara, preguntándote! ¡Qué de corazones, que la mano de lo desconocido pasó con la flecha de la alegría, han estallado en cánticos que sacudían tu sombra hasta sus cimientos!

¡Hazme, Noche, el poeta de estas almas despiertas que contemplan maravilladas, a la luz de las estrellas, el tesoro que han encontrado de repente; el poeta de tu silencio insondable, Noche!

SÍ, aunque los días trastornen mi camino con su polvo ocioso, yo me encontraré con mi Vida interior, con esa Alegría que se oculta dentro de mi vida. A veces, he vislumbrado sus destellos; y rachas de su aliento me han puesto, un instante, fragantes mis pensamientos.

Sí, yo he de encontrar esa Alegría de afuera, que me oculta el velo de la Luz. ¡Y me erguiré en la soledad desbordada, donde todas las cosas son vistas como por su Creador!

LA mañana de otoño está cansada ya de tanta luz. Si tú no tienes ganas de tocar tu flauta, dámela, y jugaré con ella a mi antojo. La dejaré sobre mi falda, la rozaré con mi boca, la pondré a mi lado en la yerba

Luego, en la solemne paz del anochecer, saldré a coger flores para ella. La colgaré de guiraldillas, la llenaré de fragancia, la adoraré con la lámpara encendida, vendré a ti, y te la devolveré.

Entonces tú tocarás en ella músicas de medianoche, cuando la luna nueva solitaria yerra entre las estrellas.

SOBRE las olas de la vida, en el vocerío del viento y del agua, el pensamiento del poeta está siempre flotando y bailando.

Ahora, cuando el sol se ha puesto y el cielo oscuro se cae sobre el mar, como las pestañas sobre un ojo cansado, quitadle al poeta su pluma; ¡y que sus pensamientos se hundan hasta el fondo del abismo, en el eterno secreto del silencio!

LA noche está negra, y tu sueño se sume en el silencio de mi vida..... ¡Despierta, Dolor de Amor, que estoy fuera, esperando, y no sé abrir la puerta!

Esperan las horas; las estrellas vigilan; el viento está quieto; el silencio me cansa, pesado, el corazón.... ¡Despierta, Amor, despierta; llena mi cáliz vacío; riza la noche con la racha de tu canción!

YA está cantando el pájaro de la mañana. ¿Quién le traerá a él noticias del día, antes que raye el alba, cuando el dragón de la noche tiene cogido el cielo aún en sus frías roscas negras?

Dime, pájaro de la mañana, ¿cómo, a través de la doble noche del cielo y de las hojas, encontró el mensajero del oriente la veredilla de su sueño? No te creía el mundo cuando gritaste: “¡Se fue la noche! ¡Ya viene el sol!”

¡Dormido, despierta! ¡Abre tu frente a la bendición primera de la luz; canta, feliz de fe, con el pájaro de la mañana!

LEVANTÉ, mendigo, mis manos secas al cielo sin estrellas, y grité, con voz hambrienta, al oído de la noche. Mi oración era a la Sombra ciega, que yacía, como un dios caído, en el cielo desolado de las ilusiones perdidas. Y el lamento del deseo revolaba en torno del abismo de la desesperanza, como un pájaro que gime alrededor de su nido vacío.

Pero cuando la mañana ancló en la costa del oriente, ¡mendigo de mí!, di un salto y grité: “¡Bendito yo, porque la noche sorda me negó su cofre vano!” Y grité: “¡Vida, Luz; vosotras sí que sois preciosas; y preciosa la alegría que os ha conocido al fin!”

ESTABA Sanatan rezando su rosario junto al Ganges, cuando llegó a él un Bramín harapiento, y le dijo: “¡Una limosna a este pobrecito!”

“He dado todo lo que tenía, -le respondió Sanantan-; lo único que me queda es mi platillo.”

“Pues Siva, nuestro Señor, me ha visitado en sueños, y me ha dicho que viniera”, dijo Bramin.

Sanatan recordó de pronto que había encontrado una piedra preciosa entre los guijarros de la ribera y que la había escondido en la arena, por si alguien la necesitaba.

Le dijo al Bramín dónde estaba la piedra, y el Bramín la desenterró pensativo. Y se sentó en el suelo, y estuvo meditando en soledad hasta que el sol se puso tras los árboles, y los pastores volvieron con los ganados a sus hogares.

Entonces se levantó, se fue despacio hasta Sanatan, y le dijo: “Maestro, lo que quiero es un pedacito de esa riqueza que desprecia todas las riquezas del mundo”.

Y echó la piedra preciosa al agua.

DÍA tras día, mis manos se levantaron a tu puerta, pidiendo, pidiendo.

Tú me diste y me diste, a veces un poquito, a veces mucho. Yo cogía y dejaba, a mi antojo. ¡Algunas cosas me pesaban más! Otras las dejé para jugar, y las rompía cuando me cansaban.... El montón de ruinas y olvidos de tus limosnas se hizo tan grande, que te escondía. Y mi corazón se cansó de esperar y esperar, y cayó rendido.

Ahora te pido así: “¡Ten, ten, ten!”

¡Destroza todo lo que hay en este platillo de pedir! ¡Apaga esta lámpara de tu importuno centinela! ¡Cógeme las manos; levántame sobre el montón de tus limosnas, que aún sube, a la desnudez infinita de tu presencia solitaria!

ME has puesto entre los derrotados. Sé bien que no ganaré, que no podré dejar la partida. ¡Me echaré en la charca, aunque no sea más que para irme al fondo! ¡Jugaré al juego de mi propia ruina!

Apostaré cuanto tengo; y cuando haya perdido lo último, me pondré a mí mismo. Entonces, ya arruinado del todo, habré ganado.

CUANDO vestiste de harapos mi corazón y lo echaste al camino a pedir, ¡qué alegre sonrisa inundó el cielo!

Mi corazón fue de puerta en puerta, y cuantas veces su platillo estuvo lleno, lo robaron.

Cayendo ya el día cansado, vino mi corazón al umbral de tu palacio y levantó, lastimero, su platillo.

¡Y tú saliste, y lo cogiste por la mano, y lo sentaste a tu lado, en tu trono!

EN los días en que el hambre reinaba en Shravasti, nuestro Señor Buda preguntó a los que le seguían: “¿Quién de vosotros daría de comer a los hambrientos?”

Ratnakar, el banquero, bajó la frente y dijo: “¿Qué son mis riquezas para dar de comer a tanta gente?”

Jaysen, el jefe del ejército del Rey, dijo: “Les daría con gusto la sangre de mis venas, porque lo que es comida no hay en mi casa.”

Dharmapal, dueño de largas tierras, suspiró y dijo: “¡Este demonio de la sequía ha chupado mis campos hasta arrugarlos! ¡No sé cómo me las voy a arreglar para pagar al Rey su tributo!”.....

Entonces se levantó Supriya, la hija del mendigo, saludó a todos, y dijo humildemente: “Yo daré de comer a los hambrientos.”

“¿Estás loca? –exclamaron todos, asombrados- . ¿Tú crees que podrás cumplir tu promesa?”

“Como soy más pobre que nadie –contestó Supriya-, soy poderosa. Porque mi arca y mis manjares están en vuestras casas.”

CUANDO yo no conocía a mi Rey, pensé, atrevido, que podría esconderme de él y no pagarle la deuda que me reclamaba.

Y después de mi trabajo de cada día y de mi sueño de cada noche, le huía y le huía. Pero en cuanto me paraba a respirar, veía su mano, que me alcanzaba. Y así supe que él me conocía, que no hay lugar alguno en el mundo que me pertenezca.

Ahora, mi anhelo es poner cuanto tengo a sus pies, ganar mi derecho a un lugar en su reino.

CUANDO pensé hacer tu imagen con mi vida, para que los hombres la adoraran, yo te di mi ceniza y mis deseos, mis ilusiones, mis sueños de colores.

Cuando te pedí que hicieras con mi vida la imagen de tu corazón, para que tú la amaras, tú me diste tu fuego y tu hierro, tu verdad, tu hermosura y tu paz.

“**S**EÑOR, el santo Narottam nunca se digna venir a tu templo real -dijo al Rey su siervo-. Si fueras a la arboleda del camino, verías la gente atropellarse por oírle cantar las alabanzas de Dios, como enjambre de abejas alrededor de un loto blanco. ¡Y el templo, en tanto, está vacío, sin servicio el dorado tarro de miel!”

El Rey, mortificado en su corazón, se fue al campo donde Narottam oraba sentado en la yerba, y le dijo: “Padre, ¿por qué te sientas en el polvo del campo, para predicar el amor de Dios, y no vas a mi templo de la cúpula de oro?”

“Porque Dios no está en tu templo”, respondió Narottam .

El Rey, ceñudo, dijo: “¿No sabes que se gastaron veinte millones de oro en levantar la maravilla; y que fue consagrada con los más costosos ritos?”

“Sí-contestó Narottam-, lo sé. Fue en aquel año en que el fuego devastó tu pueblo; y millares de pobres vinieron en vano a pedir a tu puerta. Decía Dios: “¡Miserable ser que no puede dar casa a sus hermanos, y quiere levantar la mía!” Y se fue con los desvalidos, bajo los árboles del camino.

“Esa pompa de oro que tú dices, no tiene dentro más que el vaho caliente de tu orgullo”.

Lleno de ira, El Rey gritó: “¡Vete de mi reino!”

El Santo le respondió tranquilo: “ Sí, me destierras a donde desterraste a mi Dios.”

EL clarín yace en el polvo. Está cansado el viento; la luz muerta.
¡Funesto día!

¡Venid, guerreros, con vuestras banderas! ¡Cantores, traed vuestro himno marcial! ¡Llegad ya, peregrinos, apresurad vuestro paso; que el clarín yace en el polvo, esperándoos!

Yo iba camino del templo, con mis ofrendas del anochecer, buscando descanso al trabajo sucio del día. Quería curar mis heridas, dejar blancas las manchas de mi vestido. ¡Y vi que el clarín estaba en el polvo!

¿No era tiempo todavía de que yo encendiera la lámpara de mi velada?

¿No había ya la noche arrullado a las estrellas? ¡Rosa, roja como la sangre; las ampollas de mi sueño palidecían y se mustiaban! Creía yo que mi vagar había terminado, que tenía pagadas todas mis deudas. ¡Y, de pronto, vi que el clarín estaba en el polvo!

¡Golpea mi corazón adormilado con el hechizo de tu juventud! ¡Que mi alegría se levante llameando en tu fuego, Vida!, ¡Rayos del amanecer, volad por el corazón de la noche; sacudid, estremecidos de espanto, al parálítico y al ciego!

¡Vengo a levantar del polvo tu clarín!

¡Lejos de mí el sueño! ¿Quiero pasar entre el diluvio de las flechas!..... Unos saldrán corriendo de sus casas, y se vendrán conmigo; otros llorarán; y algunos se retorcerán en sus camas, entre lamentos, con sueños terribles; ¡porque esta noche sonará tu clarín!

Si te pedí descanso, fue sólo por avergonzarme. ¡Aquí me tienes ya! ¡Ayúdame tú a vestirme mi armadura; y que los duros golpes del mal saquen fuego de mi vida! ¡Bata mi corazón en dolor el tambor de tu victoria!

¡Libres del todo están mis manos, y vengo a levantar tu clarín!

CON la locura de su regocijo, ¡Hermoso mío!, manchaban de polvo tu vestido. Mi corazón se me mustiaba viéndolo, y te grité: “¡Castígalos con tu vara, justiciera!”

La luz de la mañana dio en sus ojos enrojecidos con la orgía de la noche; el lirio blanco saludó su aliento febril; las últimas estrellas miraron, fijas, por lo profundo de la sagrada oscuridad, la jarana de los que mancharon con el polvo de su locura tu vestido, ¡Hermoso mío!

¡Sí, la vara de tu justicia estaba allí, en el jardín florido, en el gorjeo de los pájaros de primavera, en las riberas en sombra, cuyos árboles respondían, susurrando, al suspiro de las ondas!

¡Amor mío, qué despiadados fueron en su locura! Saltaron la oscuridad, te golpearon y te robaron tus adornos para embellecer sus propios deseos. Tu dolor me partía el alma, y te grité: “¡Castígalos, Amor mío, con tu espada justiciera!”

Pero tu justicia estaba alerta. Una madre lloraba la insolencia de sus hijos; la fe constante de un enamorado fue herida, por aquella rebeldía, en sus mismas llagas. Sí, tu justicia palpitaba en el dolor mudo del amor desvelado, en la vergüenza del casto, en las lágrimas de la desolación nocturna, en el pálido clarear del perdón!

Su codicia se atrevió a escalar tu tapia, ¡Justiciero mío! Y entraron, guardados por la sombra, en tu granero. Pero les pesaba tanto su botín, que no podían llevárselo. Y entonces te grité: “¡Perdónalos!”

Tu perdón estalló huracanado, y los echó por tierra, y derramó su robo por el polvo.

¡Sí, tu perdón estaba allí, en el rayo, en la sangre que llovía, en el rojo iracundo de la puesta del sol!

I

UPAGUPTA, el discípulo de Buda, dormía echado en el suelo, bajo la muralla de la ciudad de Mathura. Todas las lámparas estaban ya apagadas, cerradas todas las puertas; y el cielo sucio de agosto escondía todas las estrellas.

De pronto, Upagupta sintió en su pecho unos pies que repicaban sus ajorcas. Se incorporó asustado, y la luz de la lámpara de una mujer alumbró sus ojos que perdonaban.

Era la bailarina, estrellada de joyas, nublada con un manto azul pálido, borracha del vino de la juventud.

Bajó ella la lámpara, y vio la cara moza de Upagupta, de una austera belleza. Y le decía: “Perdóname si te he despertado, hermoso; anda, vente conmigo a mi casa, que la tierra sucia no es lecho propio para ti.”

Upagupta le respondió: “Mujer, sigue tu camino; ya iré en tu busca cuando sea tiempo.”

De pronto, la noche negra enseñó sus dientes en un relámpago, y el trueno gruñó desde un rincón del cielo. Y la mujer se puso a temblar, espantada.

LOS árboles del camino se rajaban, doloridos, de tanta flor. En el aire caliente de primavera venían de lo lejos alegres flautas. Todo el pueblo se había ido al campo, porque era la fiesta de las flores. Y en lo alto del cielo, la luna llena miraba las sombras del pueblo callado.

Upagupta iba por la calle solitaria. Sobre él, en las ramas del mango, los cucos en celo insistían en su lamento desvelado. Pasó la puerta de la ciudad y se detuvo junto al torreón. Una mujer estaba a sus pies, echada a la sombra del muro. Tenía el cuerpo todo llagado de la peste negra, y la habían echado de la ciudad.

Upagupta se sentó a su lado, y teniéndole la cabeza en sus rodillas, le mojó con aguja los labios y le untó con bálsamo su cuerpo amoratado.

“¿Quién eres, di, misericordioso?”, le preguntó la mujer.

“Llegó la hora en que debía visitarte, y aquí estoy contigo”, contestó Upagupta.

ESTE amor nuestro no es un juego, vida mía.
¡Cuántas veces las noches silbadoras de huracán se me han echado encima, apagándome mi lámpara con su aliento! ¡Y las dudas negras se amontonaron sobre mí, quitando las estrellas de mi cielo!

¡Cuántas veces el diluvio barrió mi cosecha, rompiendo mis riberas! ¡Y el lamento de la desesperación rajó mi cielo de norte a sur!

Sí, Vida mía, el dolor golpea este amor nuestro; ¡no es apático ni frío, como la muerte!

EL muro se ha rajado y, como una risa divina, entra de golpe la luz.

¡Luz, victoria! ¡Le has atravesado a la noche su corazón!

¡Traspasa también este laberinto de duda y de deseos vanos con tu espada reluciente!

¡Victoria! ¡Ven, Implacable; ven tú, tú que eres terrible en tu blancura!

¡Luz; cómo suena tu tambor de marcha en el fuego! ¡Y tu antorcha roja campea en lo alto; y muere la muerte, en un estallido de esplendor!

¡FUEGO, hermano mío; a ti mi canto de victoria!

Tú eres la imagen rojoviva de la medrosa libertad. Tú meces por el cielo tus brazos y corres tus dedos impetuosos por las cuerdas del arpa. ¡Qué hermosa, Fuego, la música de tu danza!

Cuando mi día último llegue, y se abran mis puertas, ¡tú harás ceniza esta traba de mis manos y mis pies! Mi cuerpo será uno contigo, Fuego; y cogerás mi corazón en tu frenético torbellino; y el ardor luciente que fue mi vida, saltará en un destello, y se unirá a tu llamarada.

EL marinero va esta noche por el mar y el mar está enloquecido. Las velas, que infla el huracán, transen de dolor el mástil. El cielo, mordido por la boca de la noche, cae al agua, envenenado de negro terror. Las olas estrellan sus cabezas en la sombra, contra lo invisible..... Y el marinero va por el mar enloquecido.

No sé para qué va el marinero por el mar; para qué asusta a la noche con la súbita blancura de sus velas. No sé si desembarcará, ni adónde; si llegará al patio silencioso en que, a la luz de la lámpara, lo espera ella, sentada en la tierra.

¿Qué busca el marinero, que su barca no teme a la tormenta ni a la sombra? ¿Lleva acaso un cargamento de perlas y diamantes?

No, no; sólo lleva una rosa blanca en la mano y una canción en los labios, para ésa que lo espera, sola en la noche, a la luz de la lámpara.

Ella vive en una choza del camino. Su cabellera suelta vuela en el viento y le esconde los ojos.

Grita la tormenta en las puertas rotas de su choza; la luz de su lámpara alarga y encoge sombras en las paredes. Y en el aullido del vendaval, ella oye que la llaman por su nombre desconocido.

¿Cuánto tiempo hace que viene el marinero por el mar? Y antes de que el día raye y llame a la puerta de la choza, ¿cuánto tiempo pasará? ¡Y nadie lo ha de saber y no habrá redoble de tambores! Pero la luz llenará la choza, y el polvo será bendito, y estará contento el corazón..

¡Sí, todas las dudas se irán, calladas, cuando llegue a la orilla el marinero!

ME aferro a mi cuerpo, pobre tabla viva, por la estrecha corriente de mis años terrenales. Cuando termine la travesía, lo dejaré. ¿Y entonces?

¡Quién sabe si allí luz y oscuridad serán lo mismo!

La libertad eterna es lo desconocido, impío en su amor, que aplasta la concha de la perla muda en su cárcel de sombra.

¡No llores más, ni pienses en los días que fueron, corazón mío!
¡Alégrate, que otros días van a venir, y tu hora está dando, peregrino! ¡Ya es tiempo de que tomes por la senda nueva!

¡Su rostro perderá el velo, una vez más, y tú lo mirarás con tus ojos!

SOBRE la reliquia de Buda nuestro Señor, el rey Bimbisar levantó un santuario de mármol blanco, que parecía una blanca salutación. Y cada anochecer, las novias y las hijas de las casas del Rey venían al santuario a ofrecer las lámparas y las flores.

Cuando el hijo del rey Bimbisar fue rey, borró con sangre la religión de su padre y alimentó con sus libros sagrados el fuego de los sacrificios.

La tarde de otoño iba cayendo, y llegaba la hora de la oración vespertina.

Shrimati, la doncella de la reina, que era devota de Buda nuestro Señor, se bañó en agua bendita, adornó el azafate de oro con lámparas encendidas y blancas flores frescas, se fue ante la Reina y se quedó mirándola en silencio con sus ojos oscuros.

La Reina, estremecida, le dijo: “¿No sabes, necia, que es voluntad del Rey que el que adore a Buda sea castigado con la muerte?”

Shrimati se inclinó ante ella, y se fue a donde estaba Amita, la desposada del hijo del Rey; la cual, con un espejo de oro bruñido en la falda, trenzaba su larga cabellera negra y se ponía en la raya del pelo la mancha roja de la buena suerte.

Cuando Amita vio a la doncella, la apartó con manos temblorosas, diciéndole: “¿Qué maleficio quieres hacerme? ¡Vete de aquí!”

La princesa Shucla estaba sentada en su ventana, leyendo un libro romántico a la luz del poniente, cuando vio venir a la doncella con las ofrendas sagradas. Se le cayó el libro de la falda y, asustada, la llamó y le dijo al oído: “¿Qué atrevida eres! ¿A qué buscas así la muerte?”

Shrimati siguió de puerta en puerta, llamando, con la cabeza erguida: “¡Venid, mujeres de la casa del Rey, que es la hora de la oración de Nuestro Señor!”

Unas le cerraron la puerta, y otras la insultaron.

La luz última del día se apagaba en la cúpula de bronce de la torre del palacio. Hondas sombras se acurrucaban por los rincones de las calles. Cesó el ruido y el movimiento de la ciudad, y el gongo del templo de Siva llamaba a la oración vespertina. Y en la oscuridad del anochecer otoñal, profundo como un lago límpido, las estrellas palpitaban de luz .

Los guardas del jardín del palacio vieron, sobresaltados, a través de los árboles, que una fila de lámparas ardían en el santuario de Buda; y corrieron, con sus espadas desnudas, gritando: “¿Quién eres tú, loco, que vienes por la muerte?”

“Soy Shrimati –respondió una voz dulce-, la esclava de Buda nuestro Señor.”

La sangre de su corazón tiñó de grana el frío mármol blanco. Y la última lámpara se apagó al pie del santuario, a la luz callada de las estrellas.

EL día, que nos separa, nos saluda a los dos por última vez, y se va; y la noche se echa el velo por su rostro, y guarda la única lámpara que arde en mi alcoba.

Tu esclava oscura viene, y tiende callada la alfombra nupcial; y tú te sientas sola conmigo, en silencio, hasta que muere la noche.

MI lecho ha sido la pesadumbre, y los ojos se me caen, me pesa el corazón, sin ganas todavía de salir a la atropellada alegría de la mañana.

¡Corre un velo sobre esta luz desnuda; llama a ti este agrio resplandor y esta vida danzadora! ¡Y que la tierna sombra de tu manto me ampare, y guarde mi dolor del golpe del mundo!

¡**Y**A no podré pagarle a ella todo lo que me dio! ¡Su noche tiene ya mañana, y Tú te la llevas en tus brazos! ¡Toma Tú este agradecimiento y estos regalos que traía para ella!

¡Perdón por todo lo que pudo dañarla y ofenderla en mí! ¡Coge, y hazlas tus esclavas, estas flores de mi amor, que no florecieron cuando ella esperaba que floreciesen!

HE encontrado en su caja, guardadas cuidadosamente, unas viejas cartas mías, juguetillos de su recuerdo. Su corazón asustadizo las robó del río atropellado de los días, y dijo: “¡éestas son sólo para mí!”

¡Ay, nadie las reclama ahora; nadie las compra con su amor! ¡Y sin embargo, aquí están todavía.....! ¡También habrá amor en este mundo que la libere a ella del olvido, como su amor salvó estas cartas con tan mimoso afán!

MUJER, pon orden y hermosura en mi vida desamparada,
como los pusiste en mi casa cuando vivías.

Barre de mí las sobras polvorientas de las horas; llena mis tinajas vacías; repasa todo lo descuidado.

Cuando todo esté ya listo, abre la puerta interior del santuario, enciende la vela, y volvamos a encontrarnos, en silencio, ante nuestro Dios.

¡QUÉ dolor mientras mis cuerdas se afinaban, Maestro mío!
¡Empiece ya tu música, y haz olvidar mi dolor! ¡Hazme sentir,
en hermosura, tu pensamiento de aquellos días despiadados!

La noche que muere se ha parado un momento, a mi puerta. ¡Que se
despida, cantando, de mí!

¡Derrama tu corazón en las cuerdas de mi vida, Maestro mío, con
melodías caídas de las estrellas!

EN el relámpago de un instante, he visto en mi vida la inmensidad de tu creación; de tu creación entre mil ruinas, de mundo a mundo.

¡Qué llanto de indignidad cuando miro mi vida en manos de las horas locas! Pero cuando la veo en tus manos, comprendo que es demasiado preciosa para ser malgastada en la sombra.

SÉ que, en el vago ocaso de un día, el sol me dará su último adiós.
Los pastores tocarán sus pitos bajo los banianos, y el ganado pacerá en la ladera del río. Y mis días irán entrando en la oscuridad.

Lo que pido es que sepa yo, antes de irme, por qué me llamó la tierra a sus brazos, porqué me habló de estrellas el silencio de su noche, y la luz de su día besó mis pensamientos y me los puso en flor.

¡Qué pueda yo, antes de irme del todo, atardar mi último estribillo hasta completar su música; que pueda llevar mi lámpara encendida para ver tu cara: tejida mi guirnalda para coronarte!

¿QUÉ música es ésta que mece el mundo?
Cuando canta sobre la cresta de la vida, nos reímos; si se vuelve a la sombra, nos encogemos de espanto.

Pero iguales son luz y sombra, que van y vienen como la música infinita.

Tú escondes tu tesoro en tu mano cerrada., nosotros te gritamos: “¡Ladrón!”

Abre, si quieres, la mano; ciérrala, si quieres; que iguales son pérdida y ganancia.

Y jugando contigo mismo, ganas y pierdes a un tiempo.

HE besado el mundo con mis ojos, con todo mi ser; lo he guardado infinitamente en mi corazón; lo he llenado, día y noche, de mis pensamientos, hasta que él y mi vida se han fundido. Y como amo la luz del cielo que está tejida conmigo, amo mi vida.

Si es realidad el dejar este mundo, como lo es el amarlo, tendrá un sentido el separarse de la vida, como lo tiene el unirse a ella. Y si este amor fuera engañado por la muerte, el veneno del engaño lo secaría todo; y se arrugarían, y se volverían negras las estrellas.

ME dijo la Nube: “Me voy.” La Noche: “Yo me echo en la hoguera de la aurora.” El dolor me dijo: “Yo me quedo, como la huella de su pie, callado.”

“Yo me muero, llena”, me dijo mi vida.

La tierra me dijo: “Mis luces te besan, en todo, tus pensamientos.”
“Pasan los días, -me dijo el Amor- , pero yo te espero.”

Me dijo la Muerte: “Yo voy remando en tu bote, por el mar.”

TULSIDAS, el poeta, vagaba pensativo, orilla del Ganges, por el paraje solitario donde queman los muertos.

Y encontró a una mujer que estaba sentada a los pies del cadáver de su marido, vestida alegremente como para una boda.

Se levantó ella al verlo, lo saludó, y le dijo: “Dame tu bendición, Maestro, que quiero irme al cielo con mi marido.”

Tulsidas le respondió: “¿Qué prisa tienes, hija mía? ¿No es también esta tierra de Aquél que hizo el cielo?”

“El cielo no me importa –dijo la mujer-, lo que quiero es a mi marido.

Tulsidas le contestó sonriendo: “Anda a tu casa, hija mía. Antes de terminar este mes, lo encontrarás.”

Y la mujer se volvió a su casa, dichosa de esperanza.

Tulsidas iba todos los días a verla, y le hacía pensar en cosas altas, y le llenó el corazón de amor divino.

Cuando el mes hubo pasado, vinieron los vecinos a su casa, y le preguntaron: “Mujer, ¿has encontrado ya a tu marido?”

La mujer sonreía y decía: “Sí.”

Ellos quisieron verlo, y le preguntaron impacientes: “¿Dónde está?”

“Mi Señor está en mi corazón, uno conmigo”, dijo la mujer.

VINISTE un momento a mí, y yo sentí en tu roce el gran misterio de la mujer que vive en el corazón del universo; la que siempre está devolviendo a Dios su propio río de dulzura; la belleza siempre fresca y joven de la naturaleza, que salta en los arroyos espumantes y canta en la luz de la mañana, y nutre con olas de anhelo la tierra sedienta; ésa en donde el Eterno se parte en dos, en una alegría que ya no puede contenerse, y se derrama, con dolor, por el amor.

¿QUIÉN es ese mujer que vive en mi corazón, la siembra triste?
La pretendí, pero no la gané.

La adorné con guirnaldas y canté en su alabanza..... Brilló un momento una sonrisa por su cara, pero al punto se desvaneció.

Y me dijo, llena de pena: “No está mi alegría en ti.”

Le compré ajorcas enjovadas; la abaniqué con abanicos recamados de diamantes, la acosté en una cama de oro..... Aletearon sus ojos con un relámpago de alegría, pero al punto se apagaron.

Y me dijo, llena de pena: “No está en estas cosas mi alegría.”

La senté en un carro de triunfo, y la paseé por toda la tierra. Miles de corazones conquistados se humillaron a sus pies, y las aclamaciones resonaron por el cielo.... Un momento lució el orgullo en sus ojos, pero se deshizo en lágrimas.

Y me dijo, llena de pena: “No está mi alegría en la victoria.”

Le pregunté: “¿Qué quieres, entonces?” Y me dijo: “Espero a uno que no sé cómo se llama.” Y calló.

Y los días se le pasan diciendo, llena de pena: “¿Cuándo vendrá mi amado desconocido? ¿Cuándo lo conoceré para siempre?”

TUYA es la luz que salta de la sombra, el bien que mana el corazón partido en la pelea.

Tuya la casa que abre su puerta al mundo, y el amor que llama a los campos de batalla.

Tuyo el don que es ganancia cuando todo es pérdida, y la vida que fluye de la caverna de la muerte.

Tuyo es el cielo que yace en el barro de cada día; ¡y en él estás para mí, y en él estás para todos!”

CUANDO el camino me cansa y la sed del día bochornoso; cuando las horas espectrales del crepúsculo ensombrecen mi vida, no te pido ya que me hables, Amigo mío, sino que me toques con tu mano.

Esta carga de tesoros que no te di, ¡me angustia más el corazón! ¿Saca tu mano de la noche, y déjame tenerla, y llenarla, y guardarla; déjame sentirla en el vacío cada vez más grande mi de mi soledad!

EL perfume suspira en el capullo: “¡Ay, se va el día feliz de primavera, y yo estoy preso en estas hojas cerradas!”

- “Espera, pobre perfume. Tu cárcel estallará, se abrirá en flor tu capullo; muerto tú en lo mejor de tu vida, seguirá viviendo la primavera.”

El perfume aletea, ahogándose, dentro del capullo, y suspira: “¡Ay, las horas se pasan, y yo no sé qué quiero, ni adónde iré!”

- Espera, pobre perfume. La brisa de primavera te ha oído ya, y antes que muera el día, sabrás lo que deseas.”

El perfume le grita desesperado a su oscuro porvenir: “¡Ay, ¿quién me ha dado esta vida sin razón? ¿Quién me dirá lo que seré?”

- Espera, pobre perfume. Ya está llegando la aurora perfecta. Y tu vida se va a unir a la vida total, y vas a saber por qué has nacido.”

ES como una niña, Señor; corre por todo tu palacio, y juega, y cree que tú también eres un juguete. Nada le importa despeinarse, ni arrastrar por el polvo su vestido.

Si le hablas, se duerme sin contestarte; y siempre pierde la flor que le das por la mañana. Cuando estalla la tormenta en el cielo negro, deja sus muñecas por el suelo, y se coge a ti, temblando de terror.

Ella cree que no va a servirte bien.

Pero tú la miras jugar sonriendo, porque la conoces, y sabes que esta niña que anda hoy por el suelo, será tu novia un día.

Entonces su juego se irá callando, se irá haciendo más profundo, y se convertirá en amor.

“**S**ÓLO el cielo puede ser espejo tuyo, Señor sol, -suspiró la gota de rocío.- Yo siempre estoy soñando contigo, pero ¿qué puedo esperar? ¡Soy tan pequeña para tenerte en mí!” Y se echó a llorar, desconsolada.

Le contestó el Sol: “Es verdad que yo lleno el cielo infinito; pero también puedo estar en ti, gotita de rocío. Yo me haré una chispa para llenarte, y tu vida pequeñita será entonces un mundo reidor.”

NO quiero amor que no sabe dominarse, de ese que, como el vino, parte de su vaso, espumoso, y se derrama, y se desperdicia en un momento.

Dame ese amor fresco y puro como la lluvia, que bendice la tierra sedienta y colma las tinajas del hogar. Amor que cale, bajando hasta su centro, la vida, y allí se extienda, como savia invisible, hasta las ramas del árbol de la existencia, y haga nacer las flores y los frutos.

¡Dame ese amor que conserva tranquilo el corazón, en plenitud de paz!

YA el sol se había puesto entre el enredo del bosque, sobre el río. Los niños de la ermita habían vuelto con el ganado, y estaban sentados al fuego, oyendo a su Maestro Gautama, cuando llegó un niño desconocido y lo saludó con flores y frutos. Luego, tras una profunda reverencia, le dijo con voz de pájaro: “Señor Gautama, vengo a que me guíes por el sendero de la Verdad. Me llamo Satyakama.”

“Bendito seas -dijo el Maestro- . ¿Y de qué casta eres, hijo mío? Porque sólo un Bramin puede aspirar a la suprema sabiduría.”

Contestó el niño: “No sé de qué casta soy, Maestro; pero voy a preguntárselo a mamá.”

Se despidió Satyakama, cruzó el río por lo más estrecho, y volvió a la choza de su madre, que estaba al fin de un arenal, fuera de la aldea ya dormida.

La lámpara iluminaba débilmente la puerta, y la madre estaba fuera, de pies, en la sombra, esperando la vuelta de su hijo.

Lo cogió contra su pecho, lo besó en la cabeza y le preguntó qué le había dicho el Maestro.

“¿Cómo se llama mi padre?- preguntó el niño -. Porque me ha dicho el Señor Gautama que sólo un Bramin puede aspirar a la suprema sabiduría.”

La mujer bajó los ojos y le habló dulcemente: “Cuando joven, yo era pobre y conocí muchos amos. Sólo puedo decirte que tú viniste a los brazos de tu madre Jabala, que no tuvo marido.”

Los primeros rayos del sol ardían en la copa de los árboles de la ermita del bosque. Los niños, aún mojado el revuelto pelo del baño de la mañana, estaban sentados ante su Maestro, bajo un árbol viejo.

Llegó Satyakama, le hizo una profunda reverencia al Maestro, y se quedó de pies, en silencio.

Dime, - le preguntó el Maestro - , ¿sabes ya de qué casta eres?

“Señor, - contestó Satyakana - , no sé. Mi madre me dijo: ‘Yo conocí muchos amos cuando joven, y tú viniste a los brazos de tu madre Jabala, que no tuvo marido’.”

Entonces se levantó un rumor como el zumbido iracundo de las abejas hostigadas en su colmena. Y los estudiantes murmuraban entre dientes de la desvergonzada insolencia de ese niño sin padre.

Pero el Maestro Gautama se levantó, trajo al niño con sus brazos hasta su pecho, y le dijo: “¡Tú eres el mejor de todos los Bramines, hijo mío; porque tienes la herencia más noble, que es la verdad!”

¿HABRÁ en esta ciudad una casa cuyo portal se haya abierto esta mañana, para siempre, al sol de la aurora; donde se haya cumplido el mensaje de la luz?

Flores abiertas de los vallados y de los jardines, ¿habrá algún corazón que haya encontrado esta mañana en vosotras el don que estaba en camino desde la eternidad?

OYE, corazón mío, la flauta de mi amigo, que en ella está la música del olor de las flores del campo, de las hojas relucientes, del agua relampagueadora, de los parajes en sombra donde zumban las abejas.

Su flauta le roba la sonrisa de sus labios y la echa sobre mi vida.

¡S **IEMPRE** estás solo, en la otra orilla del río de mis canciones!
Mis ondas melodiosas lamen tus pies, pero yo no sé cómo
alcanzarlos. ¡Y mi jugar contigo es desde tan lejos!

La tristeza de la distancia se derrite con mi flauta en melodías.

¡Cuándo vendrá tu barca hasta mi orilla; cuándo cogerás mi canción
entre tus manos!

EL viento del amanecer abrió de pronto la ventana de mi corazón que da a tu corazón., y vi, maravillado, que el nombre que tú me das estaba escrito en él con flores y hojas de abril.... Y seguí sentado en silencio.

La cortina que está entre mis canciones y las tuyas se fue de pronto en el viento. Y vi que la luz de tu mañana resplandecía en mis canciones no cantadas.... Pensé que las aprendería a tus pies, y seguí sentado en silencio.

ESTABAS en medio de mi corazón. Y mi corazón erraba, y no podía encontrarte. Como vivías siempre en mis amores y en mis esperanzas, te escondiste de ellos hasta el fin.

Eras la alegría más honda de mi juventud. Y yo corría, embriagado con mis juegos, sin ver tu alegría. Tú me cantabas en los arrobos de mi vida, y yo me olvidaba de cantarte a ti.

CUANDO enciendes tu lámpara en el cielo, su luz da en mi cara y te deja en sombra a ti.

Cuando enciendo la lámpara del amor en mi corazón, su luz es para ti, y yo me quedo en la sombra.

¡**O**LAS, olas que devoráis el cielo, que danzáis, reluciendo vida;
olas de gozo arremolinado, que os precipitáis sin fin!

Las estrellas se mecen en vosotras. Sacáis de lo profundo pensamientos de todos los colores, y los echáis arriba, y los desparramáis en la playa de la vida.

Con vuestro ritmo, el nacer y el morir suben y bajan. Y la gaviota de mi corazón tiende sus alas por vosotras, gritando de alegría.

EL mundo todo corrió hecho alegría, y vino a mí para hacer mi cuerpo.

Las estrellas me besaron y me besaron hasta que desperté; las flores de los veranos fugitivos respiraron olor en mi boca, y las aguas y los vientos cantaron en mis ademanes; las nubes y las frondas fluyeron en mareas apasionadas de colores, por entrar en mi vida; y la música universal me acarició todo, hasta darme forma.

Mi cuerpo es mi amor, y ha encendido su lámpara en mi casa.

LA primavera ha entrado en mi cuerpo con sus hojas y sus flores. Toda la mañana están las abejas zumbando en mí; y los vientos ociosos juegan y juegan con mis sombras.

Una dulce fuente mana del corazón de mi corazón; la alegría lava mis ojos como el rocío de la mañana; y la vida tremola en todo mi ser, como la cuerda de un laúd.

¡Amor de mis días sin fin, solitario vagabundo de las costas de la vida, donde se derrama el mar alto!, ¿no revolotean alrededor de ti las mariposillas de mil colores de mis sueños? ¿No es este eco de mis cavernas oscuras el eco de tus canciones?

¿Quién más que tú podrá oír este racimo de las horas que hoy vibra en mis venas; estos pies alegres que bailan en mi corazón, este clamoreo de vida que bate sus alas inquietas en mi cuerpo?

ESTÁN rotas mis ataduras, pagadas mis deudas, mis puertas de par en par.... ¡Me voy a todas partes!

Ellos, acurrucados en su rincón, siguen tejiendo el pálido lienzo de sus horas; o vuelven a sentarse en el polvo, a contar sus monedas. Y me llaman para que no siga.

¡Pero ya mi espada está forjada, ya tengo puesta mi armadura, ya mi caballo se impacienta!.... ¡Y yo ganaré mi reino!

VINE a tu tierra el otro día, Señor, desnudo y sin nombre, vageando; y hoy ya es alegría mi voz.

¡Y Tú te echas a un lado, y me haces sitio para que yo pueda colmar mi vida.

¡Aún cuando te ofrezco mis canciones, tengo la secreta esperanza de que los hombres vengan a mí y me adoren por ellas!

Señor, ¡cómo te gusta saber que yo amo este mundo adonde me has traído!

ANTES, yo me agachaba, tímido, en la sombra de lo seguro. Ahora, cuando la resaca de la Alegría me alza sobre tu cresta, mi corazón se agarra a la roca agria de su dolor.

Antes, yo iba a sentarme solo en un rincón de mi casa, porque la creía pequeña para cualquiera que venía. Ahora, cuando esta alegría impetuosa abre su puerta de par en par, comprendo que hay sitio en mi casa para Ti y para todos.

Antes, yo andaba de puntillas, cuidadoso de mí, remilgado y con perfumes. Ahora, cuando este torbellino de Alegría me ha tirado por tierra, me río a carcajadas y me revuelco en el polvo, a tus pies, como un chiquillo.

TUYO es el mundo, todo y para siempre. Mas como Tú no necesitas nada, Rey mío, no le sacas gusto a tu riqueza. ¡Es lo mismo que si no la tuvieras!

Por eso Tú, día tras día, me vas dando lo que es tuyo; y así te ganas, día tras día, tu reino en mí.

Día tras día, compras a mi corazón su aurora; y así ves tu amor esculpido en la estatua de mi vida.

TÚ diste canciones a los pájaros, y los pájaros te devolvieron canciones. A mí sólo me diste voz, y me pediste más, y yo canté.

Tú hiciste ligeros tus vientos, y tus vientos son ligeros en servirte. A mí me cargaste las manos, porque yo mismo las aligerara, y yo he ganado para tu servicio la ingrátida libertad.

Tu le llenaste a tu tierra sus sombras con chispas de luz, y te quedaste entre ellas. A mí me dejaste en el polvo, sin nada entre las manos para hacer tu cielo.

A todas las cosas les das. A mí me pides. Así, el sol y la lluvia van madurando mi vida solitaria, y cojo más que Tú sembraste, y te alegro tu corazón, ¡Señor del granero de oro!

NO pida yo estar libre de peligros, sino denuedo para afrontarlos.
No quiera yo que se apaguen mis dolores, sino que sepa dominarlos mi corazón.

No busque yo amigos por el campo de batalla de la vida, sino fuerza en mí.

No anhele yo, con afán temeroso, ser salvado, sino esperanza de conquistar, paciente, mi libertad.

¡No sea yo tan cobarde, Señor, que quiera tu misericordia en mi triunfo, sino tu mano apretada en mi fracaso!

CUANDO Tú vivías solo, no te conocías. Ninguna llamada, ningún mensaje llevaba el viento de una a otra orilla.

Vine yo, y te despertaste, y los cielos florecieron con luz. Tú hiciste que yo abriera en mil flores, y me meciste en la cuna de mil formas, y me escondiste en la muerte, y me volviste a hallar en la vida.

Vine yo, y se te dilató el corazón. Conociste el dolor y la alegría, y me tocaste, y vibraste hasta enamorarte.

Pero mis ojos se nublan de vergüenza, y mi pecho palpita de temor, porque mi rostro está velado. ¡Y cómo lloro cuando no te puedo ver!

Sin embargo, conozco la infinita sed de tu corazón por verme, la sed que llama a mi puerta, cada día, en los golpes redoblados de la aurora.

TÚ oyes, en tu eterno desvelo, mis pasos que llegan; y tu alegría se sume en el alba y rompe, al fin, en un estallido de luz.

Mientras más me acerco a ti, se hace más hondo el hervor de las olas del mar.

Tu mundo es un brote de luz, que se derrama, y te llena tus manos. Pero tu cielo está en mi oculto corazón, y va abriendo sus capullos lentamente, con tímido amor.

DIRÉ tu nombre en mi soledad sentado entre las sombras de mis callados pensamientos.... Y lo diré sin palabras, y sin razón, como un niño que llama a su madre cien veces, contento sólo con poder decir: “¡Mamá!”

I

SIENTO que todas las estrellas brillan en mí; el mundo irrumpe en mi vida, como en una inundación; todas las flores se abren en mi cuerpo; la juventud entera de la tierra y de la mar humea en mi corazón, como un incienso; y el aliento de todas las cosas hace cantar, como flautas, mis pensamientos.

II

CUANDO el mundo se duerme, vengo a tu puerta. Están calladas las estrellas, y me da miedo cantar. Y vigilo y aguardo, hasta que tu sombra pasa por el balcón de la noche; y entonces me vuelvo, con el corazón lleno.

Luego, por la mañana, me pongo a cantar junto al camino. Me escucha el aire, las flores del vallado me contestan, y los caminantes se paran de pronto y me miran la cara, creyendo que los he llamado por sus nombres.

III

¡TENME siempre a tu puerta, esperando tu deseo; déjame ir por tu reino, atento a tu llamada, no permitas que me hunda y me pierda en la sima de la languidez; que mi vida malbaratadora se gaste y se haga harapos!

¡No dejes que me coja la duda, ese polvo de la distracción; no dejes que me disperse, por los caminos, con afán de muchas cosas; que baje mi corazón a muchos yugos! ¡Haz que mi cabeza se yerga, con el valor y el orgullo de servirte!

ALLÁ lejos, oís el tumulto de la muerte, la llamada - entre riadas de fuego y nubes venenosas-, la llamada del Capitán al timonel, para que ponga el barco proa a una orilla sin nombre.

Porque ya pasaron los días encharcados del puerto, donde la misma vieja mercancía se vende y se compra eternamente; donde, vacías de verdad, van a la deriva las cosas muertas.

Los marineros se despiertan asustados, preguntando: “¿Qué hora es ya, compañeros? ¿Viene la aurora?”... Las nubes han tapado las estrellas, y nadie puede ver la llamada del día.

Y corren con los remos en la mano. Se quedan las camas vacías, reza la madre, la mujer mira en la puerta, el lamento de la partida llega hasta el cielo. Y la voz del Capitán grita en la oscuridad: “¡Vamos, marineros, que ya han terminado los días de puerto!”

Todos los negros males del mundo se han salido de sus cauces. Pero vosotros, marineros, tomad vuestro puesto, que la bendición de la pena va en vuestras almas. No culpéis a nadie, hermanos. Bajad vuestras frentes, que el pecado ha sido vuestro y nuestro.

El corazón de Dios venía ardiendo durante siglos de cobardía de los débiles, de arrogancia de los fuertes, de codicias de la oronda prosperidad, de rencor de los dañados, de orgullo de razas, de insultos al hombre. Y la paz divina ha estallado al fin en tormenta.

¡Parta la tempestad su corazón en pedazos, como su vaina el fruto maduro, y desparrame truenos; cese vuestro vocerío de condenación de los otros, de alabanza vuestra! Y en calma, con la oración callada en vuestras frentes, navegad hacia esa playa sin nombre.

El pecado, el mal, la muerte, que hemos conocido cada día, van ahora, como nubes, por encima del mundo, mofándose de nosotros, con pasajera risa de relámpago. Y se detienen de pronto y se convierten en prodigio.

Vengan los hombres y digan: “No te tememos, Monstruo, porque te hemos arrancado nuestra vida cada día y morimos con la fe de que la Paz es verdad, verdad el Bien, y verdad lo Eterno.”

Si lo Inmortal no vive en el corazón de la muerte, ni florece la sabiduría alegre, rompiendo la cárcel del dolor; si el pecado no muere por su propia revelación, si no aplasta al orgullo la carga de sus honores, ¿de dónde es la esperanza que espolea a estos hombres y los echa de sus casas, como estrellas que se precipitan a la nada en la luz de la mañana?

La sangre de los mártires, el llanto de las madres, ¿se perderán en polvo de la tierra, sin comprar el cielo? Y cuando el hombre pasa sus límites mortales, ¿no se le aparece acaso lo Infinito....?

CANTO DE LOS VENCIDOS

ME ha pedido mi Señor que, mientras esté yo al lado del camino, cante la canción de la Derrota, la novia que él ama en secreto.

Ella se ha echado el velo oscuro, y esconde su cara a la multitud, mas su joya brilla en la sombra, sobre su pecho. Es la abandonada del día; pero la noche de Dios la espera con sus lámparas encendidas y sus flores empapadas de rocío.

Ella está callada, con los ojos bajos. Dejó su casa, y el viento trae el lamento de su casa; pero las estrellas están cantándole el canto del amor eterno a su cara dulce de vergüenza y de dolor.

Se ha abierto la alcoba solitaria. Han llamado. Y el corazón de la sombra late deprisa, sobrecogido por la hora, que llega, de la cita.

ACCIÓN DE GRACIAS

A LÉGRENSE y dente gracias, Señor, los que andan por el camino del orgullo, aplastando la vida humilde con sus pies, ensangrentando con sus huellas el verde tierno de la tierra; porque su día ha llegado.

Pero yo te los doy porque a mí me ha tocado estar con los humildes que sufren la carga del poder, y esconden sus caras y ahogan su sollozos en la oscuridad; pues cada latido de nuestro dolor ha vibrado en la secreta profundidad de tu noche, y cada insulto ha sido acogido en tu gran silencio. ¡Y el día de mañana es de nosotros!

¡Sol, levántate sobre los corazones sangrientos que han abierto como flores de la mañana; sobre las cenizas del orgullo, cuyo festín alumbraron las antorchas!

Algo de

LA FUGITIVA

ME vino la canción en la noche; pero tú no estabas allí.
Ella encontró las palabras que yo había estado buscando todo el día. Sí; en la quietud del instante, después de oscurecer, latieron musicales, como las estrellas empezaron a palpitar de luz; pero tú no estabas allí.

Tuve la esperanza de cantarte mi canción por la mañana; pero por más que lo intenté, aunque volvió la música, las palabras se escondían cuando tú estabas con migo.

AMANTES y amantes vienen a ti, Reina mía, y orgullosamente ponen sus tesoros a tus pies; pero mi tributo es sólo de esperanzas irrealizadas.

La sombra se ha corrido sobre el corazón de mi mundo, y lo mejor de mí ha perdido luz.

Mientras los afortunados se ríen de mi penuria, yo te pido que prestes tus lágrimas a mis fracasos y así los hagas preciosos.

Te traigo un instrumento mudo.

Lo forcé para llegar a una nota que había demasiado alta en mi corazón, y saltó la cuerda.

Mientras los poetas maestros se ríen de mi cuerda rota, yo te pido que cojas mi laúd en tus manos y llenes su oquedad con tus canciones.

EL padre volvió del funeral.
El niño estaba de pies en la ventana, con los ojos muy abiertos, y su amuleto dorado colgado de su cuello. Su frente le pesaba de pensamientos demasiado difíciles para sus siete añitos.

El padre lo cogió en brazos y el niño le preguntó: “¿Dónde está madre?”

“En el cielo”, contestó el padre señalando arriba.

Aquella noche, el padre se quejaba en sueños, rendido por la pena.

Una lámpara ardía débilmente junto a la puerta de la alcoba, y una lagartija perseguía las moscas por la pared.

El niño despertó, tocó con sus manos la cama vacía, se levantó callado y se salió a la azotea. Levantó los ojos al cielo y lo miró y lo miró en silencio. Su confuso imaginar hundía en la noche inmensa esta pregunta: “¿Dónde está el cielo?”

No lo respondieron. Y las estrellas parecían las lágrimas ardientes de la ignorante oscuridad.

IBA yo por un camino lleno de yerba, cuando de repente una mujer dijo detrás de mí: “¡Mira a ver si me conoces!”

Me volví, la miré, y le dije: “No me acuerdo de tu nombre.”

Ella dijo: “Yo soy aquella primera pena grande que tuviste cuando joven.”

Parecían sus ojos una mañana con el rocío todavía en el aire.

Estuve callado un rato, y luego le dije: “¿Has perdido aquella carga inmensa de tus lágrimas?”

Ella sonrió sin contestarme. Comprendí que sus lágrimas habían tenido tiempo ya de aprender el lenguaje de las sonrisas.

“Una vez dijiste – suspiró – que acariciarías tu pesar para siempre.”

Avergonzado, respondí: “Verdad; pero los años han pasado y lo olvidé.”

Entonces cogí su mano en la mía y le dije: “Pero tú también has cambiado.”

Me contestó: “Lo que fue pena un día, es ahora paz.”